

LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS. ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



BARCELONA CALASANCIA

PLÁCEME honrar hogaño a mi Santo Padre filosofando unos momentos sobre un hecho, que por serlo, tiene su explicación racional; el incremento alcanzado por la Escuela Pía en nuestra urbe mediterránea.

Es secular ya la existencia en Barcelona de PP. Escolapios, pues si bien hasta el año 1815 no se fundó definitivamente el Colegio de San Antón, antes de la guerra gloriosa de la Independencia había ya aquí residencia de la Orden. Y, desde entonces, no ha dejado de haber Escolapios en Barcelona, aun en los períodos más calamitosos del pasado siglo, en los días de desenfrenos populares y libertinajes callejeros y anarquía en los gobernantes. Sólo una vez fueron molestados: en aquellos aciagos días en que la impericia y poco tacto de unos, el abandono de otros y las iras de la escuela impía convirtieron en ruinas el antiguo Colegio, para que pudiera probarse una vez más cómo Barcelona quería cobijar a la Escuela Pía, pues de aquella hazaña de la Escuela Moderna nació, además de la reedificación de lo incendiado, un nuevo Colegio Escolapio, que hoy ocupa la primacía entre los centros docentes de la ciudad condal.

La Escuela Pía en Barcelona ha ido creciendo en proporción al desenvolvimiento de la ciudad. Cuando ésta dejó sus murallas, la Escuela Pía extendió su vuelo, que eran incapaces las aulas para contener los discípulos que a ellas acudían, y exigía el crecimiento de la ciudad que por toda ella se esparciera la más simpática institución docente, y aun creo que si otros colegios se fundaran, otros tantos se llenarían.

El hecho existe: no he de probarlo porque es evidente y palpable. ¿Cómo se explica?

La explicación debe buscarse en la esencia de la Institución Ca-

lasancia, en el alma y espíritu que a ella dió San José de Calasanz.

Prescindo de su gran valor en la Historia de la civilización, por el hecho de haber abierto la escuela para todos, por haber acercado a trazados y libros a los niños todos de todas las clases sociales; dejo a un lado la virtualidad de la escuela Pía en la Historia de la Pedagogía por haber sido la primera en formular planes de enseñanza admirables y sentado ¡qué duda cabe! las bases de la verdadera ciencia del niño, de suerte que en las Constituciones Calasancias se halla el germen de todos los métodos modernos, en especial del sistema cíclico adoptado ya por San Calasanz; no me fijo en la transcendencia de tener un profesorado dos veces maestros y sacerdotes de la enseñanza a la que por voto religioso deben dedicarse sobre todo y ante todo.... ¿cómo explicar, pues, el hecho de ser Calasancia Barcelona?

El espíritu catalán es eminentemente práctico: tiende a hacer de la voluntad la dominadora de las facultades del hombre, busca la utilidad, huye de lo superfluo, ama lo positivo, quiere hombres que manden y no muñecos autómatas, adopta los medios mejores para el fin y huye de aquello que a la pronta consecución de éste pueda entorpecer, ama el estímulo, porque de la emulación nacen mayores perfecciones. Y claro está que si éste es el modo de ser de los ciudadanos de Barcelona ¿qué educadores podía hallar mejores que los hijos de San José de Calasanz?

Creo haberlo escrito alguna otra vez en mis anuales artículos que gustosamente dedico al gran Patriarca de la enseñanza: San José de Calasanz no es un Santo, es el Santo pedagogo; no fué un hombre, fué el hombre que desde sus primeros años domó su voluntad y la educó y supo domar y educar las voluntades de los demás.

Al fundar la Escuela Pía buscó la felicidad eterna de los hombres, pero sin descuidar el bienestar temporal; quiso santos para el Cielo, pero para ello exigió fueran antes hombres en la tierra. Hacer hombres es hacer santos.

Buscó niños y abrió las escuelas para ellos, ¿con qué fin? Para enseñarles a rezar bastaba el celo del sacerdote; para enseñarles a leer y a escribir y a beber en los raudales del saber, bastaba ser instructor; para hacerlos hombres, que por serlo tendiesen a su último fin y que por serlo se formasen como exige la naturaleza humana, obra de Dios, era necesario ser educador, y educar equivale a orientar, dirigir, ordenar, conducir, formar, y en el hombre es la voluntad la que impera y domina en este microcosmos, y la educación de la voluntad es la base y el fundamento de toda educación.

Educar la voluntad no quiere decir deprimirla, aniquilarla, anularla, sino encauzarla, fortalecerla, pulirla, perfeccionarla, hacer caracteres, hacer hombres, en una palabra.

Y sobre la base esta de educar la voluntad (educación perenne de la voluntad es la vida del esclarecido Calasanz), y formando parte de esta educación, impuso San José de Calasanz como princi-

pal base de la enseñanza el fin eminentemente práctico de la misma; dispuso que la Escuela Pía tendiese a que sus discípulos, los niños de sus escuelas, recibieran en ella lo necesario para poder ser hombres, quiso cimentar sólidamente la enseñanza rechazando lo superfluo y dando extraordinaria importancia a lo útil.

De ahí que todo su afán tendiese a este carácter práctico de la enseñanza, *non multa, sed multum*, y diese una importancia tan extraordinaria a la enseñanza primaria, que muchos con buena o mala fe (de todo hay) han creído que las Escuelas Pías sólo tenían por misión enseñar las primeras letras. Ciertamente que Calasanz se deleitaba extraordinariamente con los párvulos; pero también lo es, y probado está hasta la saciedad, que las humanidades, la enseñanza secundaria de hoy y aun la misma universitaria, fué misión del Instituto Calasancio, desde sus comienzos, y no fueron pocos los lauros alcanzados.

No hago más que apuntar ideas — ni el espacio ni el tiempo me permiten otra cosa — pero con lo dicho creo que basta para que se haya comprendido la razón de la importancia y veneración y estima que tiene en Barcelona la Escuela Pía.

A ella se debe la casi total enseñanza de varias generaciones, a ella se debe que otras instituciones y centros docentes hayan seguido sus huellas, y que los planes de los Escolapios pronto o tarde sean adoptados por todos, clérigos y seglares, y al esplendor y grandeza de Barcelona han contribuído, en medio de su humildad y sin ostentaciones, ni aparatosas exhibiciones, los ínclitos hijos de San José de Calasanz, haciendo hombres, modelando voluntades.

COSME PARPAL Y MARQUÉS

Presidente de la Academia

EN LA FESTA DEL SANT PEDAGOG

EL culte dels sants té un valor pedagògic, un singular valor d'educació. Seràn de lloar tots els esforços que fassin els mestres religiosos en *humanitzar*, es a dir, en evocar la humanitat del sants davant dels noys, a fi d'acostumarlos a la idea de la naturalitat senzilla d'una vida santa. Els meus recorts de noy me retreuen la noció d'un Sant com un ser completament misteriós y sobrenatural, les virtuts del qual eren, per lo tant, cosa quimèrica somniar en imitar ab les propies forces. Aquesta resignació a no imitarlo es una idea funesta. A mida que'l sant s'acosti y el noy pugui a certa manera representàrsel en carn y òssos, parlant, treballant, lluitant, rient, estudiant, el noy veurà el model més a la vora seu y no gosarà tant defugirlo. Y aixís més tart, podrà capirne millor tota la gloria y compèndrer la gran meravella de Deu, que es la existencia dels Sants, d'aquets homes escullits y senyalats ex-

pressament per Ell, per medi dels miracles, a la imitació dels altres homes, pera ensenyalsi de quina manera la Seva voluntat, pot ser y ha de ser completa aquí a la terra.

R. RUCABADO

AL EXCMO. SR. OBISPO DE URGEL Y PRÍNCIPE DE ANDORRA D. JUAN BENLLOCH
EN EL ANIVERSARIO DE LAS FIESTAS CALASANCIAS

EXCMO. SEÑOR:

NADA tan a propósito para dar a esta humilde crónica la importancia de que carece, como poner a su frente el dignísimo nombre de V. E. cuya hospitalaria amistad nunca olvido y a quién tan sincera como respetuosamente quiero y cuyo pastoral anillo reverentemente beso. — *E. Pou.*

Fué un adolescente de incomparables virtudes, fué un solitario de la llanura aragonesa, era un peregrino de la montaña catalana, era un cantor de las más puras doctrinas, un apóstol de pedagogía cristiana, un árbitro de querellas familiares y un discreto mediador de las discordias sociales.

Marchaba silencioso, taciturno, con los pies descalzos muchas veces, recorriendo montes y valles urgelenses, con la vista mirando a tierra y con el alma al cielo, ascendiendo gravemente por complicadas veredas, a impulsos de afanes nobles y elevados que inspiró siempre en el amor a la juventud y a la infancia.

Antes de empezar aquella piadosa correría, había emigrado de nativas tierras y había cruzado terrenos y comarcas tenebrosas, obedeciendo a voces internas, al impulso de elevados sentimientos, al mandato de caritativos planes, con la seguridad y persistencia del iluminado. Alentado por estas virtudes singulares, abandonó el villorrio, el distrito y la región, desertó de aquel lugar bendito donde mecieron su cuna y transcurrió su infancia, abandonó aquel lugar hospitalario con sus dulces recuerdos, sus tiernos amores, sus bellas esperanzas; renunciando a las comodidades de una existencia de regalo y a los placeres de la fastuosa vida, correspondiente a la tradición de la familia y a la distinción de su linaje, para ir tal vez en busca de inhospitalarias tierras y de luchas tenebrosas con los hombres que habían de convertir su plácida existencia en penosísimo calvario.

Para ello había consumado ya los dos grandes sacrificios que torturan a la humanidad doliente: voluntariamente y sin otro estímulo que el amor al prójimo, que el amor y la protección al niño, se deserraba del lugar y abandonaba la familia. Sus mayores, los seres queridos y los amores nativos, los sepultaba en el fondo del alma, no para olvidarlos, ni dejarlos de querer, sino sacrificando estos sentimientos santos al bien de la niñez necesitada y desvalida. La casa

que le vió nacer, la calle que fué teatro de sus juegos, el amor santo de la madre, el padre tierno y sugestivo, de venerada cabellera blanca, el risueño porvenir de sus blasones, la perspectiva de la dulce compañera, radiante de encantos, donaire y hermosura, transparentando su alma por sus ojos bellos, la reproducción del nuevo él, como continuación de la raza; todos estos goces humanos, todos estos delirios mentales, toda esta realidad tangible, al alcance de todos, para él murió de un golpe, se desvaneció en un momento, se apagó al soplo de un sentimiento evangélico, que piadosamente ha perpetuado su orden «el amor al niño».

La muerte de toda la familia (fantasma cruel de las almas grandes), la renuncia de todos sus cuidados, de todos sus anhelos, de todas sus caricias; en un solo día, en una sola hora, por un solo impulso o afán piadoso; por lo inmenso que es no se comprende, por lo doloroso no puede imaginarse; sólo reflexivamente cabe concebirlo con un espanto aterrador que no sé si es vértigo, terror o locura; un espanto que anonada, que tortura, que estremece. Y sin embargo, el peregrino de mi historia, el amantísimo padre de la infancia, no temió ni se acobardó ante tamaños sacrificios, ante dolores tan acerbos. Por el contrario, al igual que estas tiernas mariposas, que cegadas por el resplandor de un foco, vuelan a abrasarse al calor de la llama deslumbrante; del mismo modo aquel mártir de la infancia, consumido al calor de una llama que abrasaba su alma con un vivo resplandor de Aurora Celestial, buscó el sacrificio, lo encontró, y resignado lo aceptó como una bendición del cielo, ante el cual se postraba piadosamente, encorvándose más sobre los niños, cuanto más el alma se exaltaba.

En un momento quedó hecho el cambio brusco de su vida y de su muerte, y desde aquel instante envolvió su cuerpo un nimbo que lo helaba exteriormente, aunque su interior lo caldeara el fuego santo de su amor; envolviendo su alma un crespón rosáceo, iluminado con luces de otro mundo; su patria se trocó por el rodar incierto y afanoso en calles bravas y hospitales de apestados; su casa nativa, con sus recuerdos, cantos y alegrías, por una celda triste y solitaria como una gruta de dolor; la madre que le dió el primer beso y le prodigó dulces ternuras, por la envidia y la vileza de los hombres; sus ilusiones juveniles, su compañera soñada, los hijos anhelados, la familia en perspectiva, por los hijos del arroyo, por la penitencia y el estudio, por la oración y el dolor.

Solitario del amor, errante conquistador de las ternuras de los niños, con un báculo, con un libro y un rosario entraba en los hospitales y en las barriadas obreras, sin otro afán ni más deseo de conquista que proteger a la infancia y enseñarle, libro en mano, el signo de la Patria Azul, ganando voluntades, templando almas y despertando inteligencias, para con todos poblar el reino de los creyentes. Y lo consiguió, en efecto, pues con las armas de su libro y su dulcísimo acento, hería a todos en el corazón, porque eran las suyas las armas del amor.

No habló de él la crónica de su tiempo, ni de él se ocupó la historia, porque marchaba siempre humilde y solitario, y la soledad no tiene historia, ni tiene el humilde quien le cante, siendo necesarios los reflejos divinos como luminarias del cielo, para dar resplandor a su figura encorvada y a la lobreguez de su retiro. Perdió un hogar, una familia, una patria y se consagró a consolidar hogares, armonizar familias y preparar juventudes como bases de sociedades y de patrias nuevas, allí donde reinaba la ignorancia, donde campeaba el dolor y abundaba la miseria, donde hasta era desconocido el sentimiento del amor.

Y tras de ese caminar abrumador y errante, empañado por sus luchas fatigosas, consumido por la envidia y la avilantez de los hombres, salvó los linderos de la tierra, volando a las Regiones Divinas, aquella alma formada de emanación luminosa, tantos años encerrada en aquel cuerpo, que nutriéndose de bondad y sabiduría, era fuente fecunda de ejemplos, consejos y enseñanzas. Salvó los confines mundiales, perdiéndose a la torpe vista de los hombres, en cuyos ojos no cabrían lágrimas para llorar tal desventura, se apagó para siempre su vida luminosa; convirtiéndose desde entonces en faro de la enseñanza y Estrella Polar de la Escuela Pía, heredera inmaculada de sus virtudes, de sus piedades, de su ciencia y de sus doctrinas. Desapareció; como esos meteoros luminosos que rápidamente cruzan el espacio y por un momento nos deslumbran para apagarse repentinamente, dejándonos para siempre el reflejo de su brillante estela.

Han pasado días, han pasado meses, han pasado años y nadie le ha vuelto a ver, aunque muchas generaciones se han nutrido al calor de sus doctrinas. Un reducido número de piadosos sacerdotes, discípulos de su enseñanza, recogió su última mirada, le acompañó en la oración postrera y retuvo el último soplo de su vida, para con él continuar la escuela que en su día había de ser salud del alma y porvenir de vida a la juventud mundial, como continuadora de aquella infancia que él alentó y amó tanto. Y así había de ser, ya que sus últimas lágrimas, a la niñez consagradas, cayeron sobre la tierra como rocío del cielo.

Héroe mil veces más grande que los llamados héroes de las batallas. Estos buscan la gloria en el choque con la muerte y contra ella se defienden, oponiéndose a la fuerza con las armas; nuestro peregrino, con la esperanza de gloria y con la convicción del bien obrar, esperaba la muerte con amor y la cobijó en el pensamiento como un asilo de descanso.

¿Y quién fué este errante de la tierra y redentor y apóstol de la infancia atribulada? ¿Fué un magnate? no. ¿Fué un caudillo? no. ¿Fué un político? no. ¿Fué un árbitro de los destinos de los pueblos? no.

Un ilustre Obispo español, sacerdote ejemplar, hospitalario y culto; hombre de entendimiento tan claro como acrisolada virtud; muy amante y muy amado de la Escuela Pía, Obispo y Príncipe a la

vez, al reunir antaño en su palacio de Urgel una nutrida representación de la referida escuela, para consagrar en esplendorosas y cristianas fiestas los lugares y comarcas donde tanta piedad y caridad ejerció el peregrino de mi historia, hizo saber a la juventud catalana que el apóstol de la enseñanza, el maestro de los niños, el redentor de la infancia desvalida y protector de la juventud, fué sencillamente el fundador de la Escuela Pía, que hoy venera la Iglesia Católica con el nombre de San José de Calasanz.

¡Loor, pues, al esclarecido Príncipe y Obispo D. Juan Benlloch!

EMILIO POU

Capitán de Caballería

JOSÉ DE CALASANZ

Por llegar a la cumbre de la gloria
se desviven los míseros mortales,
caminando por sendas desiguales,
sin que nunca la crean ilusoria.

Nada les dice la sabida historia
de mil Reyes, señores terrenales,
cuyos nombres las urnas funerales
nos traen solamente a la memoria.

La dicha verdadera está en el suelo,
el hombre dice, sin pensar que yerra,
olvidando que el polvo de la tierra

la vista impide para ver el cielo,
donde sólo la gloria resplandece
que el alma anhela y que jamás perece.

* * *

Un mortal hubo que la senda oscura
que conduce a la gloria verdadera,
donde brilla una eterna primavera,
quiso pasar con voluntad segura.

Y al cruzar de la selva la espesura,
que de espinas y abrojos por doquiera
de una mujer la culpa recubriera,
sintió su planta la punzada dura.

Y alzó los ojos, descubriendo el cielo,
que el polvo deleznable de este suelo
sus ojos no cegó ni un sólo instante;

y a la gloria, pintada por el Dante,
llegó, del suelo remontando el vuelo;
José de Calasanz fué este gigante.

VICENTE MIELGO, Sch. P.



Grupo de los PP. Capitulares que asistieron al reciente Capítulo General celebrado en Roma y en el que resultó elegido Prepósito General de la Orden escolapia, el Rmo. P. Tomás Viñas, de la Provincia de Cataluña.

RELIGIOSOS QUE ASISTIERON AL CAPÍTULO GENERAL

CELEBRADO EN ROMA EL MES DE JULIO DE 1912

Delegado de S. S. el Pontífice Pío X, Excmo. y Rdmo. P. Alfonso M.^a Mistrángelo, Arzobispo de Florencia.

Rdmo. P. Gil Bertolotti de San José de Calasanz, Vicario General de las Escuelas Pías.

Rdmo. P. José Godos de la Inmaculada Concepción, Vicario General de España.

Muy Rdo. P. Gerardo Vary de San Benito, Asistente General de la Provincia de Austria-Hungría.

Muy Rdo. P. Rafael Cianfrocca de San Estanislao, Asistente de la Provincia Romana.

Muy Rdo. P. Antonio M.^a Tarín de la Virgen del Carmen, Asistente General de las Provincias de España.

Muy Rdo. P. Juan Bta. Tenti de la Virgen de la Misericordia, Asistente General de la Provincia de Italia.

Rdmo. P. Adolfo Brattina de la I Concepción, Ex General.

Muy Rdo. P. José Calasanz Homs de la Purificación, Procurador General.

Muy Rdo. P. Salvador Addeo de San Juan Evangelista, Ex Asistente General.

Muy Rdo. P. Benito Benedetti de San Rafael, Provincial de Roma.

Muy Rdo. P. Victorio Banchi de Santa Catalina de Siena, Provincial de Etruria.

Muy Rdo. P. Basilio Kabrhel de San Jorge, Provincial de Bohemia, Moravia y Silesia.

Muy Rdo. P. Juan Borrell de la Encarnación, Provincial de Cracovia.

Muy Rdo. P. Tomás Hénap de Santa Ana, Provincial de Hungría.

Muy Rdo. P. Salvador Marcó de Santa Teresa, Provincial de Cataluña.

Muy Rdo. P. Joaquín Campos del Smo. Sacramento, Provincial de Aragón.

Muy Rdo. P. Francisco Mestan del Beato Pompilio, Provincial de Austria.

Muy Rdo. P. Melchor Rodríguez de la Virgen del Carmen, Provincial de Castilla.

Muy Rdo. P. José Calasanz Rabaza del Pilar, Provincial de Valencia.

Muy Rdo. P. Julio Devincenzi de San Nicolás, Vicario Provincial in Capite de Liguria.

Muy Rdo. P. Tomás Viñas de San Luis, Delegado General de la Provincia de Nápoles.

Muy Rdo. P. Francisco Gisoldi de San Alfonso, Rector, Vocal de la Provincia de Nápoles.

Muy Rdo. P. Luis del Buono de la Presentación, Ex Provincial, Rector y Vocal de la Provincia de Liguria.

Rdo. P. Emiliano Heske de San Antonio, Rector, Vocal de la Provincia de Bohemia.

Rdo. P. Angel V. Alonso del Corazón de María, Rector, Vocal de la Provincia de Castilla.

Rdo. P. Juan Giovannozzi de la Asunción, Rector, Vocal de la Provincia de Etruria.

Rdo. P. Carlos Russel de San Juan Bta. Rector, Vocal de la Provincia de Hungría.

Rdo. P. Eugenio Salarrullana de Ntra. Sra. de las Escuelas Pías, Rector, Vocal de la Provincia de Aragón.

Rdo. P. Juan Nep. Frank de San Jaime, Rector, Vocal de la Provincia de Austria.

Rdo. P. Juan García de Jesús, Vice-Rector, *in Capite*, Vocal de la Provincia de Valencia.

Rdo. P. José Calasanz Alcantarilla de la Virgen del Remedio, Rector, Vocal de la Provincia de Valencia.

Rdo. P. Ambrosio Müller de Santiago, Rector, Vocal de la Provincia de Bohemia.

Rdo. P. Agustín Narro de la Eucaristía, Rector, Vocal de la Provincia de Aragón.

Rdo. P. José Pusino de la Virgen de Loreto, Rector, Vocal de la Provincia de Roma.

Rdo. P. Teodoro Till de San Pantaleón, Rector, Vocal de la Provincia de Austria.

Rdo. P. Francisco Gasdía de San Juan Bta. Vocal de la Provincia de Nápoles.

Rdo. P. José Manni de San Antonio, Vocal de la Provincia de Etruria.

Rdo. P. Ulrico Tiboni del Corazón de Jesús, Vocal de la Provincia de Liguria.

Rdo. P. Luis Pietrobono de Santa Inés, Vocal de la Provincia de Roma.

Rdo. P. Eusebio Boronat de Santa Teresa, Vocal de la Provincia de Cataluña.

Rdo. P. Luis Fábregas de la Merced, Vocal de la Provincia de Cataluña.

Rdo. P. Luis Latorre de la Sma. Trinidad, Vocal de la Provincia de Castilla.

Rdo. P. Antonio Titz de San Antonio, Vocal de la Provincia de Hungría.

DE ALGUNOS MEDIOS CON QUE ADORNARLA AUREOLA DEL SABER

(FRAGMENTO DE LA OBRA INÉDITA «PIEDAD Y LETRAS»)

143. La verdadera educación emana de la virtud, como de la rosa fragante se desprende el delicado perfume; y en ninguna parte campea más brillante y hermosa la educación de un joven, que en su comportamiento en el Colegio, sea respecto a sus profesores, sea respecto a sus compañeros de estudio.

144. Dadme, queridos discípulos, un joven en quien se hallen adunadas la cultura intelectual, proporcionada a los talentos de Dios recibidos, y aquellas maneras finas y distinguidas, que son el patrimonio de la educación, y os diré: heos aquí un joven modelo, orgullo de la familia, honra del Colegio, joya de la sociedad.

145. Donde se notan primero los efectos de la esmerada educación de un joven es en el trato con sus profesores. Porque mientras en la escuela escucha atento la voz de los que profieren los oráculos de la ciencia, en ella y fuera de ella venera a los que por su vida ejemplar e intachable merecen, como con razón se ha escrito, el honor de ser considerado como númenes.

146. Así es que siento un placer indecible, cuando veo que al entrar en el Colegio saludáis, sombrero en mano, a vuestro profesor; y, según su carácter, le besáis respetuosos la mano, como filial obsequio al que ejerce para con vuestra inteligencia y corazón una verdadera paternidad; o bien que al entrar el profesor en clase, o al preguntaros individualmente, lo mismo que al salir de ella, os colocáis de pie silenciosos y en actitud reverente y apuesta.

147. Penetrados de la dignidad del magisterio, jamás debéis permitir que en vuestras conversaciones se diga una palabra en menoscabo de la reputación de vuestro profesor, como tampoco que se haga chacota de defecto alguno. El joven digno de sí mismo no se rebaja con semejantes fruslerías; el no reparar siquiera en ello indica claramente que algo más noble y elevado ocupa su inteligencia y sentimientos más delicados adornan su corazón.

148. Y tened a bien que os aconseje ahora, queridos Jóvenes, imprimiendo a mis palabras más fuerza y revistiéndolas con no disimulada tristeza ante la realidad de mis indicaciones. Estad constantemente alerta para no enredaros ni inmiscuiros en asuntos y triquiñuelas, peculiares y exclusivas de ciertos estudiantes, continuo martirio de los profesores y horrible pesadilla del Colegio, cuyas aulas inútilmente frecuentan.

149. Parece que esos tales se divierten en plantear cuestiones, no científicas ni literarias, que en esto no entienden jota, sino cuestiones propias de jóvenes callejeros, los cuales, a más de sembrar

divisiones y promover altercados, impiden iucalculables bienes, roban la paz de cuantos les rodean, sobre todo de los que tienen la desdicha de caer en sus malditos lazos.

150. Porque no se contentan generalmente con seguir solos el camino torcido, desviado de la senda del propio deber, sino que procuran con pertinaz empeño arrastrar consigo a otros compañeros, teniendo al mismo tiempo la astucia de echar la piedra y esconder la mano tras de los pobrecitos e incautos que han seducido.

151. Apartaos, amados jóvenes, si queréis conquistaros con vuestras obras buena reputación y envidiable nombre entre vuestros discípulos, apartaos de quienes manifiestan tal conducta y bajeza de miras; si así no lo hacéis, vais a rebajar vuestra dignidad personal y a menoscabar vuestra honra, dando harto motivo a que se diga de cada uno de vosotros, a pesar de vuestro buen corazón: *dime con quien andas, y te diré quién eres.*

152. Y no solamente para evitar la pérdida de vuestro prestigio os aconsejo que permanezcáis siempre lejos, muy lejos de aquellos discípulos, sino también porque, por lo regular, lleva su trato el germen de cizaña tal, que podría en breve tiempo secar las plantas de virtudes que creen lozanas junto a los arroyos de vuestra inocencia, y luego precipitaros en un abismo de perversión, inhabilitando vuestro ingenio.

153. Digo, vuestro ingenio: porque es cierto que aquellos jóvenes, cuyo corazón se rastrea cual inmundo reptil por el campo de la inmoralidad, tienen embotadas las facultades anímicas; lo cual ya afirmó el Señor: *no entrará la sabiduría en cuerpo sujeto a pecados.* Su demacrado rostro y enfermizo cuerpo encierran una alma tan pequeña que es incapaz de contener la verdad dentro de sí, como impotente para abrazar el bien y practicarlo.

154. Creced, queridos jóvenes, en edad y gracia delante de Dios y de los hombres, como crecía el adolescente Jesús, atrayendo con sus virtudes los corazones de los habitantes de la apacible Nazareth, y siendo la delicia de sus padres, la inmaculada Virgen María y el santísimo patriarca José.

155. Así llegado el tiempo de terminar vuestros estudios fluirán de vuestros puros labios la ciencia y las letras, como destila rica y sabrosa miel de los rubios y repletos panales; y la prudencia embellecerá vuestras obras y consejos, como las gotas del rocío irizan en las mañanas de primavera los pétalos de olorosa flor.

156. Conservando vuestro corazón libre de mancha y vuestro cuerpo sin corrupción, con limpidez angélica veréis reflejada en vuestra mente la verdad, cuyas múltiples manifestaciones serán otras tantas perlas engarzadas en la diadema de vuestro saber, y cuyos atractivos constituirán otros tantos goces para vuestro casto pecho.

157. Mas la belleza de vuestro corazón y el encanto de vuestro ser se verían seriamente comprometidos, si con vuestro carácter y acciones revelaseis que existen en vosotros la soberbia y orgullo, vicios repugnantes que debéis a todo trance detestar.

158. Bueno, más aún, necesario es que os gloriéis de ser pundonorosos y caballeros, necesario que la emulación os mueva a no quedar ni un punto rezagados en el cumplimiento de vuestros deberes escolares, necesario que anheléis ocupar los primeros puestos en el aula; pero jamás abriguéis en vuestro interior la especie de ser superiores a los demás, nunca os ofendáis por un aviso, o reprehensión o triquiñuela.

159. ¡Cuán dignos de lástima son los jóvenes soberbios! ¡cuán inaguantables se hacen los orgullosos! ¿Qué? ¿tal vez fundan su gloria en el dinero, hermosura, nobleza? No olviden que las riquezas, la gracia exterior, los blasones ridiculizan a la persona que carece por otra parte de educación e instrucción. ¿Tal vez la fundan en el propio valer? ¡ah! no, no: un joven, que de veras valga, nunca es soberbio ni orgulloso.

160. Muy al contrario: resplandezcan en vosotros la sencillez, la docilidad, la amabilidad y la delicadeza; trabajad por ser superiores a todos en estas virtudes. En el salón de estudio, en la cátedra, en la calle, a todos sean patentes vuestros buenos ejemplos para ganarlos a todos.

161. Practicad los consejos que os acabo de dar: sed virtuosos y aplicados para merecer las bendiciones del cielo. Ojalá pueda decirse de cada uno de vosotros, Jóvenes de mi alma, lo que de aquel joven cuenta el Santo Evangelio. Presentóse a Jesús un adolescente diciéndole: «O buen Maestro, ¿qué haré para alcanzar la vida eterna?» Jesús le respondió: «Ya conoces los preceptos». Y replicando el joven: «Maestro, todas estas cosas he observado desde mi juventud, puso Jesús en él sus divinos ojos, y mostróle cariñosamente su agrado: *¡Jesus autem intuitus eum, dilexit eum!*

TOMÁS VIÑAS DE S. LUIS GONZAGA

Prepósito General de las Escuelas Pías

EL APELLIDO CALASANS

UARIAS veces hame ocurrido esta pregunta: ¿por qué los cronistas e historiadores del apóstol de la enseñanza, San José de Calasans, escriben su apellido con *z* final, siendo así que termina en *s*? ¿Tan poderosas son las razones que hasta los Padres Escolapios incurrían en esa misma falta?

Yo no sé ver otra razón que el afán de *castellanizarlo*; cuando en realidad parece catalán, como tal fué en sus orígenes el castillo de Calasans, en donde vió la primera luz el ilustre fundador de las Escuelas Pías; en Cataluña ejerció su ministerio parroquial, y el pueblo en donde están enclavadas las ruinas de la antigua mansión de los Calasans pertenece a una diócesis catalana.

Que el tal apellido se escribe del modo arriba expresado, no tendré que esforzarme mucho en probarlo.

En la iglesia de Ortoneda — Urgel — hállase el siguiente rescripto, escrito de puño y letra del Santo: *Tenore praesentium conceditur licentia reservandi Sanctissimum Eucharistiae Sacramentum in Ecclesia Parrochiali Beatissimae Mariae de Ortoneda justissimis de causis animun nostrum moventibus, in cujus rei testimonium praesentes manu nostra scriptas concessimus. Datum in dicto loco de Ortoneda die vigesima mensis Aprilis anni millessimi quingentissimi nonagessimi primi.* = *Joseph Calasans, Officialis Trempi* (rubricado).

Ahora puede acontecer otra cosa, o sea, que más de un lector lleve la suspicacia al extremo de achacar a defecto de copia el que aparezca escrito con s. A éstos les diría que tampoco puedo admitir esa excusa, por la sencilla razón de que la persona que me facilitó el documento tuvo buen cuidado de copiarlo conforme a su original. Es más, aun admitiendo la posibilidad de error en la copia, ¿cabrá sostenerla después que los lectores pasen la vista por el autógrafo que ilustra estas líneas, que publicamos en nuestro libro «*Sort y Comarca Noguera-Pallaresa*» y procedente del libro de la Cofradía de la Virgen de *Vall de Flors*, erigida en la ciudad de Tremp?

¿Será prueba suficiente para que en lo sucesivo continúe la corruptela de escribirse con z, hasta hoy moneda corriente? La ACADEMIA CALASANCIA tiene la palabra.

AGUSTÍN COY

Capellan 1.º del Ejército

CALASANZ

Seraphic intellect and force
To seize and throw the doubts of man.

(TENNYSONS)

I

Los hombres de su siglo trazaron su silueta, llamándole Maestro, Reformador, Profeta y Oráculo omnisciente del Templo del Señor; los príncipes y reyes, si no miente la Historia, amaron los destellos de su gigante gloria, y su amistad tuvieron por singular honor.

Cabe la hermosa margen del Tíber venerando,
de los antiguos sabios las huellas eclipsando,
abrió al pueblo sus aulas el gran Educador,
para mostrar al mundo, cual refulgente tea,
de libertad cristiana la luminosa idea
que concibió felice su genio bienhechor.

Allí, a la luz del cielo, sencilla en apariencia,
surgió la nueva *Escuela* de redentora ciencia,
más grande y más gloriosa que el Atrio de Platón;
Escuela, donde aprende la infancia desvalida
las *Letras* que embellecen la senda de la vida,
y la *Piedad* que lleva la paz al corazón.

II

Filósofos sutiles, los de la edad postrera,
que las hermosas luces de la verdad sincera
buscáis en los abismos oscuros del error,
¡mirad! ¡ya amaneció! Mientras estérilmente
fluctuáis entre las brumas, el sol resplandeciente
de Roma inunda al mundo con cenital fulgor.

¡Mirad cómo se expanden en bellas floraciones,
para solaz del mundo, cien mil instituciones
bañadas por los cálidos efluvios de la Fe!
¡Mirad cuál se propaga por pueblos y ciudades,
como fecundo germen — salud de las edades —
la *Escuela* que fundara el inmortal José!

¡Y cómo, mientras mueren los sabios orgullosos,
y caen y perecen sus dogmas perniciosos,
cual las marchitas hojas que arrastra el huracán,
en pie frente a los siglos, altivo permanece,
y, cobijando al mundo bajo su sombra, crece
el árbol prodigioso del noble Calasanz.

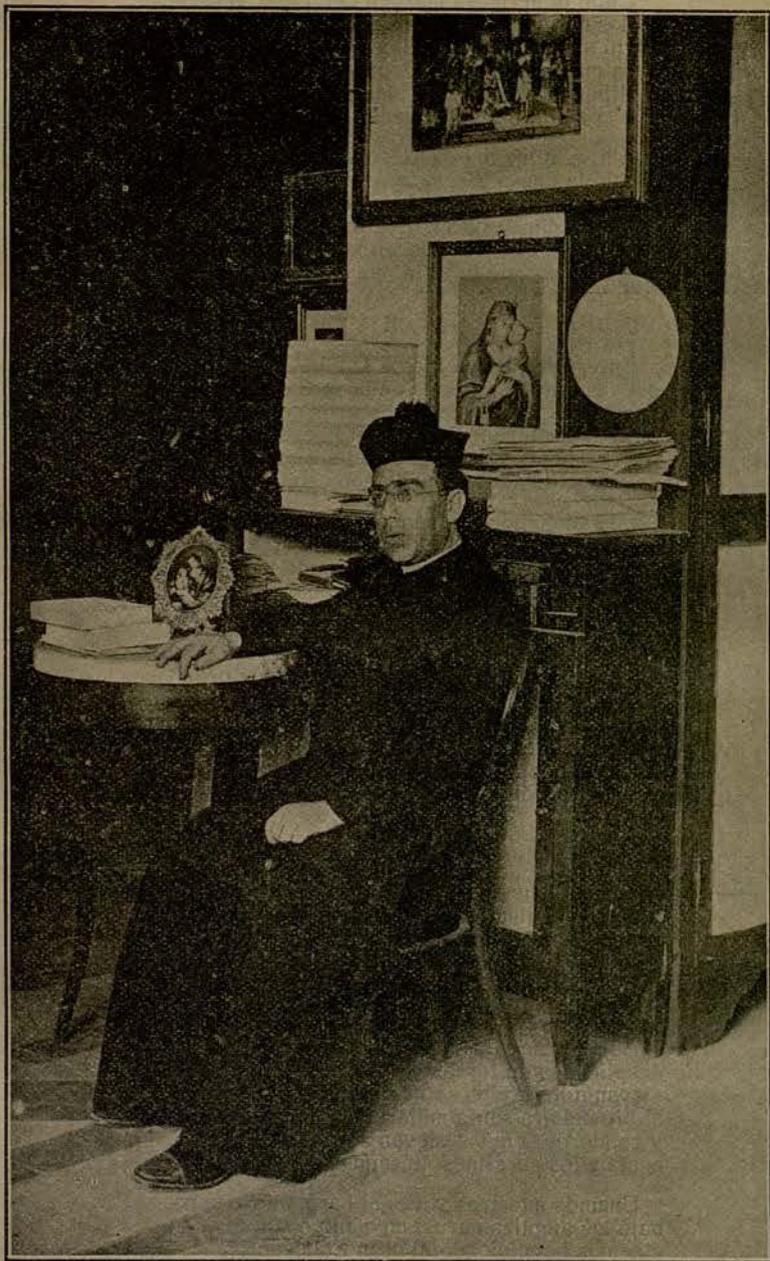
III

¡Honor, pues, al eximio *Patriarca de la Infancia*,
al fundador ilustre del *Aula* calasancia,
primer centro gratuito que tuvo la niñez!
Y puesto que la Iglesia le dió el nombre de Santo,
dejad que sobre el ala serena de mi canto
al estrellado Empireo remonte nuestra prez.

Bajo las amplias naves, el armonioso coro
desplégase en torrentes; los pebeteros de oro
elevan a los cielos su mística espiral;
al pie del ara santa millares de inocentes
y candorosos niños elevan reverentes,
cual bellos serafines, hosannas de cristal.

Unamos nuestras voces al armonioso coro;
bajo las amplias naves, un cántico sonoro
alcemos bendiciendo al gran Educador;
mientras los pueblos cultos de entrambos hemisferios
le ofrecen, a los ecos de bíblicos salterios,
espléndido homenaje de gratitud y amor.

MARIANO SANJUÁN, Sch. P.



El Rđmo. P. Tomás Viñas, elegido recientemente Prepósito General del Instituto Calasancio

SAN JOSÉ DE CALASANZY LA ENSEÑANZA PRIMARIA

Es un mal inherente a la raza española, que viene a formar en nosotros como una segunda naturaleza, en lo que no tenemos parecido en ninguna de las naciones civilizadas, ni aun entre aquéllas que no han recibido todavía la bienhechora influencia de la civilización, la costumbre de admirar, enaltecer, enamorarnos y elogiar todo lo que nos parece bueno del extranjero, mientras por otra parte ignoramos, olvidamos, si no ya despreciamos y vilipendiamos, todo lo que tiene sabor patrio, todo lo que lleva el sello de la patria, todo lo que tiene su origen en nuestra fecunda Península.

Y esto que desgraciadamente sucede en todos los ramos del saber humano, en las artes y en las ciencias, en las industrias y en el comercio, lo mismo en la milicia que en el foro, lo mismo en la política que en la administración de justicia, sucede de un modo particular en la enseñanza.

Todo es hablar y admirar los métodos de enseñanza adoptados en el extranjero, todo es hacerse lenguas de los sistemas de enseñanza puestos en práctica en el extranjero, todo es ponderar la importancia que a los estudios comerciales se da en el extranjero. En el extranjero, y sólo en el extranjero se hallan los más insignes pedagogos; de ellos hemos de recibir las inspiraciones, a ellos debe atribuirse la gloria de los modernos adelantos, de los nuevos sistemas, de los últimos métodos aplicados a la Primera Enseñanza; sin percartarnos de que todos ellos no han hecho otra cosa más que imitar y seguir las orientaciones que a la Primera Enseñanza imprimiera hace ya más de tres siglos, cuando no sólo no había quien a ella se dedicara con especial cuidado, sino que se hacía burla de los que a ella se dedicaban, el insigne pedagogo español San José de Calasanz, que por inspiración de Dios fundó una Orden dedicada especial y casi exclusivamente a la Enseñanza. Esta águila de la Pedagogía, cuando todos los sabios y literatos del mundo sólo se preocupaban de las Bellas Letras, o de las Humanidades, cuando sólo se pensaba en lucir los talentos en las celebérrimas universidades de Europa que como faros luminosos difundían a torrentes los raudales del saber humano; con ojo avizor descubría al través de los siglos la importancia que habían de tener los estudios primarios y comerciales, como eje sobre el cual debía girar todo el tráfico humano y todos los negocios que debían preocupar a la humanidad y enriquecer y fortalecer y engrandecer las naciones.

Por esto, no sólo funda escuelas gratuitas de Primera Enseñanza y estudios comerciales, únicas y primeras en su clase que se conocieron en Roma y fuera de Roma; sino que para contrarrestar la extraviada opinión de los que sólo concedían importancia a las Clases

de estudios superiores, a que se dedicaban también sus religiosos, recomienda de un modo especial a los Superiores de sus Colegios, que procuren tener algunos profesores bien adiestrados en la escritura, en la gramática y en la aritmética, porque tales asignaturas, entonces objeto de burla y de desprecio, serían, andando el tiempo, de suma importancia y trascendencia.

Basta dar una ojeada al método de enseñanza que para sus Religiosos dejó escrito en sus Santas Constituciones, para venir en conocimiento de que todo el moderno mecanismo de las Escuelas graduadas era ya práctica constante en el Pío Instituto desde los tiempos de su laborioso y sapientísimo Fundador, que han venido continuando sus preclaros hijos, como lo prueba el hecho inconcuso de marchar al frente de la moderna pedagogía, sin haber tenido que cambiar en nada fundamental sus métodos de enseñanza, introduciendo tan sólo ligerísimas modificaciones exigidas por los adelantos y costumbres de la época.

Pero San José de Calasanz había cometido el delito de nacer en España, y por añadidura de Padres de distinguido abolengo, y por consiguiente, debía caer sobre tan esclarecida personalidad, que brilló por su saber, por su santidad y por la grandeza de su fundación, la ignorancia y el olvido, si no ya el desprecio y el vilipendio de sus desagradecidos compatriotas.

¡Gloria al insigne, al esclarecido, al clarividente Pedagogo, San José de Calasanz, honor de España, héroe de la Iglesia y Padre amantísimo de la desvalida Niñez!

RAMÓN PIERA, Sch. P.

Rector del Real Colegio de Ntra. Sra. de las Escuelas Pías

LA PEDAGOGÍA DEL AMOR

Los que anhelamos para nuestras escuelas una mayor eficacia, una nueva dignidad, acostumbramos a seguir en nuestras propagandas una táctica doble, que consiste en desacreditar lo que, para hablar brevemente, llamamos vieja pedagogía y en hacer la apología de lo que, por idéntica razón, hemos dado en llamar pedagogía nueva. Así creemos llevar a nuestros compañeros el convencimiento de que ciertos procedimientos de enseñanza consagrados por la rutina son punto menos que estériles o cosa peor, y que otros más modernamente ideados pueden substituirles con excelentes resultados.

La vieja pedagogía no toma en cuenta la personalidad del alumno, considerándole como lo que no es, como un hombre en miniatura. La pedagogía vieja quiere imponer a la fuerza al niño lo que su mente no apetece. La pedagogía vieja encubre en los efectismos de la memoria su esterilidad. La pedagogía vieja tortura corporal y espiritualmente al niño con sus rigideces y sus errores. Y así, tras

una larga letanía de cargos e invectivas, solemos dejar a la pobre vieja pedagogía como un trapo viejo. Y podría alguien preguntar con sobrada razón: «¿Así, pues, siendo la vieja pedagogía tan mala y siendo necesariamente malos sus frutos, durante todos estos siglos en que ella ha reinado en nuestras escuelas, nadie se habrá educado bien, todo el mundo habrá quedado con una educación equivocada o deficiente, después de los años de sus estudios?»

Lo cierto es que la realidad nos obliga a reconocer que hombres y mujeres bien educados, en un alto sentido de la palabra, los ha habido siempre y seguirá habiéndolos seguramente, a pesar de los resultados teóricamente funestos de la vieja pedagogía. Ahí está, por ejemplo, una gran mayoría de los alumnos salidos en todos tiempos de los colegios de las Escuelas Pías para atestiguarlo. Dejando aparte que no toda la educación se adquiere en las escuelas y que en épocas pasadas la tarea del educador fué cosa mucho más fácil y breve que en los tiempos en que vivimos, de tan vastos horizontes humanos, confesemos que una pedagogía por sí sola, buena o mala, no hace la buena o la mala educación. Los hombres valen más que las ideas; el educador es superior a la pedagogía que usa.

El maestro, si lo fué de veras, pudo educar bien a sus alumnos, a pesar de la vieja pedagogía. Es más; con un buen maestro, una pedagogía teóricamente mala se transformó inevitablemente en buena. El maestro con vocación que supo comunicar a su obra un poco del fervor religioso, algo del hondo amor de Jesucristo por los hombres, convirtió con ello su pedagogía en Pedagogía del Amor, la más pura y eficaz. Por esto a nuestros ojos, San José de Calasanz se nos aparece como el Pedagogo del Amor por excelencia. Legada como precioso tesoro a la Institución Escolapia que el fundara, esta Pedagogía del Amor han sabido conservarla cuidadosamente sus dignos sucesores; y todavía hoy, en que la enseñanza está tan complicada, los discípulos de las Escuelas Pías se distinguen por la generosidad de sus sentimientos.

Y es que hoy, como en tiempos antiguos, como en los futuros, mientras el hombre sea hombre y no un ser más inferior, la esencia de la educación no la constituye precisamente la sabiduría, sino algo a la vez más humilde y más grande; el carácter, la conducta, el espíritu de Dios en el cotidiano vivir. Y esto, que es lo que más vale, puede transmitirlo a su alumno un corazón bondadoso y abnegado de maestro, a pesar de su pedagogía.

Bien saben los que han tenido la amabilidad de seguirnos en nuestras pequeñas campañas pedagógicas sostenidas con la prensa, en la prensa profesional y diaria, y con la palabra, en la tribuna de las asociaciones culturales, que estamos bien lejos de creer que tocante a pedagogía científica estamos en este país ni siquiera a la mitad de lo que se tiene por normalidad. Hay mucho malo en nuestras escuelas de todas clases, y debe reformarse e innovarse mucho. Declaremos a renglón seguido, que en muchísimos de nuestros maestros late apri-

sionada una nobilísima alma de educador, que espera y ansía que el contacto con las nuevas teorías le rompa las cadenas.

La Escuela Pía está demostrando poseer una extraordinaria capacidad para las reformas que en la enseñanza exigen los modernos tiempos y los nuevos conocimientos. Cuanto más la Pedagogía nueva vaya fundiéndose en ella con la Pedagogía del Amor de su insigne Fundador, tanto más sus escuelas se irán acercando a la perfección.

Nadie sabe todavía, amigos, lo que puede llegar a ser la Escuela Española perfecta; a nosotros se nos antoja que los grandes Educadores del porvenir serán gente de nuestra raza. En el alma española yacen valores éticos en estado latente, cuya cuantía tal vez algún día lleguemos a apreciar. Todavía no se ha dicho la última palabra en el vivir culto de las naciones, y ¡quién sabe si algún día España, Cataluña, añadirá alguna frase que asombre al mundo por su sentido!

ELADIO HOMS

SAN JOSÉ DE CALASANZ

RECONSTRUCCIÓN Y RECONSTITUCIÓN

Los que en la semana trágica pensaron acabar con la obra de San José de Calasanz en Barcelona, y los que proyectaron mermar los naturales efectos de la espiritualidad religiosa, equivocáronse totalmente. Fueron, a la par que malvados, idiotas. Incendiaron, saquearon y arrasaron. ¡Bien muerta está la Religión!—clamaban en su embriaguez febril y aguardentosa. Y olvidaban la frase épica de García Moreno: «¡Dios no se muere!»

Las paredes cuarteadas de los conventos destruidos han recobrado su prístina integridad y resistente solidez. Sobre las ruinas humeantes de los templos incendiados alzáronse rápidamente otros templos, como atletas que pasan a defender la posición del compañero de armas que cayó herido. Otros, como el de la parroquia del Carmen, se levantan lentamente, como el que vuelve en sí del letargo en que le sumiera la acción del rayo.

Fué tan providencial para los buenos la abominación de los malos y tan contraproducente para éstos, que el sectarismo, con sus excesos, consiguió en unos meses lo que no había logrado la piedad en muchos años. No databa de pocos el reconocimiento unánime de que el desarrollo creciente de la feligresía de San Pedro de las Puellas exigía la construcción de un templo parroquial con capacidad bastante para suplir la falta de holgura del antiguo, que se conservaría, empero, como monumento histórico y arquitectónico. En las mayores solemnidades religiosas no dejaban los predicadores de excitar la generosidad de los fieles para la necesaria empresa; honorables individuos de la junta de obra se esmeraban en condensar ese ambiente especial que hace fecundas las iniciativas; en el esfuerzo del

párroco no es necesario hacer hincapié; y en todos el buen deseo era consecuencia obligada de la evidente necesidad. Y sin embargo, la iniciativa quedaba flotando en el aire y no se solidaba en una piedra sillar, ni siquiera tomaba forma en la previa lista de suscripciones. Pero llegó la semana trágica, y lo que el vandalismo derribó en unas horas, la piedad, compelida por la contradicción, reedificó en unos meses. Y han sido los meses de la reedificación más breves que las horas del derribo en el reloj del porvenir; porque la destrucción fué un hecho pasajero, y sus consecuencias tan providenciales, que merced a ella la parroquia de San Pedro tiene el templo espacioso que necesitaba, con una visualidad más acomodada al gusto moderno y la conservación de la preciosa cúpula y capiteles que le revalidan en su valor arqueológico.

Tal en otros edificios religiosos de reconocida importancia, y sobre todo en lo que hace referencia al Real Colegio de San Antón, de PP. Escolapios. Lo que todas las revoluciones habían respetado, no lo respetó la de los *apaches* de 1909. Al contrario: sobre la obra de San José de Calasanz, y concretamente en el Colegio de San Antón — el más significado de Cataluña y tal vez de España, como lo demostró el empeño paternal con que el Soberano Pontífice recomendó y casi exigió su reconstrucción, — se ensayaron las iras del sectarismo con una saña de que no había ejemplo. Era que Ferrer reputaba por su mayor enemigo a San José de Calasanz — ¡un enemigo que sólo anhelaba su salvación! Era la llamada Escuela Moderna revolviéndose en contra de la Escuela Pía: que esto y no otra cosa significó la desdichada actuación de los ferreristas.

Pero he aquí cómo Dios no muere y se revela en sus obras. El Colegio de San Antón se levanta otra vez majestuoso, con la tersa frente mirando al cielo. Sus ruinas fueron prolíficas como los huesos de los mártires, porque de ellas surgió, además, para la Escuela Pía, otro Colegio de tan pujante importancia, que en menos de tres años ha logrado nivelarse dignamente con los restantes que la Orden sostiene en Barcelona, para honra de la Pedagogía catalana.

Cabe el trono del Eterno puede exclamar, con el texto escriturario, San José de Calasanz: «Vi al impío levantarse contra mí airado; volví a mirarle, y ya no le ví».

*
* *

Pero, en esta obra de reconstrucción, falta un recinto, donde se vincula el símbolo de reconstitución. Refiérome a la ruinoso iglesia de San Antonio Abad, uno de los poquísimos y más preciados monumentos del arte gótico puro que había en Barcelona. ¿Podrá de nuevo levantarse la venerada iglesia sobre sus pilares? En ello se trabaja concienzudamente, y aunque difícil la tarea, no parece, ni con mucho, irrealizable. Los que supieron mantener en alto la cúpula de San Pedro, bien podrán rehabilitar la bóveda de San Antón.

¡Quiéralo Dios! Quiera el Señor que podamos muy pronto cobijarnos nuevamente en aquel templo donde oramos de niños, donde nos adoctrinaron nuestros maestros, y donde contemplábamos con delectación cristiana aquellos altares animados con sus imágenes: el altar mayor, con el Santo Abad de tradicional devoción y la bendita Virgen del Rosario destacándose sobre la gradería; a un lado el de la Virgen de Montserrat y al otro el de la Merced; y luego en la nave, a la derecha, el de San José de Calasanz, con su celestial Madre y nuestra la Virgen del Pilar; el de Ntra. Sra. de la Gracia y el de la Sagrada Familia; y a la izquierda, el de los Santos Juanes; el de Ntra. Sra. de las Escuelas Pías, con su hijo muy amado el beato Pompilio M.^a Pirrotti; y el de San Antonio de Padua, con aquella diminuta Virgen del Carmen, que era embeleso de la madre de mi vida; sin olvidar la espléndida capilla del Santísimo, cuya restauración, si no estoy equivocado, es actualmente un hecho. No volverán a las paredes del presbiterio los insubstituibles retablos que los bárbaros de la Escuela Moderna entregaron al fuego, porque el arte no resucita de sus cenizas; pero volverá el grupo de la Piedad al altar del Santísimo, porque Dios no muere.

Me complazco en el pensamiento de que la reconstrucción de la secular iglesia ha de ser el complemento de la reconstitución de la enseñanza escolapia en el Colegio de San Antón. «Piedad y letras» es el lema de la Escuela Pía. Letras en abundancia y sólidamente se enseñan, como antes, como siempre, en las restauradas aulas. En esas disciplinas va involucrada la piedad, en cuanto conducen la mente a Dios por el conocimiento razonado de sus obras; pero la piedad propiamente dicha, la que produce arrobamiento, la que hace a los hombres buenos antes que sabios — si no es el ser bueno la mayor de las sabidurías — ésa hay que respirarla en aquel templo, donde los discípulos de los PP. Escolapios la hemos sentido como en ninguna parte.

Bueno es que se reconstruyan los edificios destruidos por mano criminal; pero poco sería esto, si no se elevase a las generaciones venideras sobre los despojos de la presente.

JUAN BURGADA Y JULIÁ

Académico Honorario





LA COMUNIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ
Famoso cuadro de Goya

LA COMUNIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

POR GOYA

ENTRE las obras maestras de este genial pintor figura como una de las principales la *Comunión de San José de Calasanz* que poseen los Padres Escolapios del Colegio de San Antón de Madrid. Cuenta la tradición que Goya se comprometió a pintar el citado cuadro por 5.000 pesetas. Cuando entregó su trabajo concluido, dijo que algo quería hacer él por su paisano el gran pedagogo San José de Calasanz y dicen que no quiso recibir sino la mitad. Al hacerse cargo de la última cantidad sacó de debajo de su levita un cuadrito pequeño, un boceto, que representa al Salvador en el Huerto de las Olivas confortado por un ángel y lo dejó encima de la mesa del cuarto del P. Rector. Ese cuadrito se conserva aún y figuró en la última exposición que hubo de Goya.

El cuadro, que publica hoy LA ACADEMIA CALASANCIA, inspira una devoción tal y se halla impregnado de tal unción religiosa, que un biógrafo del autor refiere que un hombre del pueblo, cuando vió sobre el caballete tan maravillosa obra de arte, cayó de rodillas poseído de un gran fervor religioso.

Hace unos cuantos años, muy pocos, un ilustre médico, profesor de San Carlos, en Madrid, dijo a sus alumnos que el mejor regalo que podían hacerle el día de su santo, era una fotografía bien sacada del cuadro de Goya que nos ocupa. Así lo hicieron los jóvenes galenos, buscando, para llevar a efecto el deseo de su profesor, al mejor fotógrafo de la Corte.

En la gran festividad del Santo Fundador de las Escuelas Pías, nos ha parecido muy del caso publicar la grandiosa obra del ilustre pintor de Carlos IV, obra que terminó en 1819, según él consigna en el mismo lienzo.

X.

GALILEO

E pur si muove

Lo que hizo Tomás de Aquino
en el mundo de la idea,
eso mismo Galileo
hace en el de la materia.

Celestiales armonías
ve el Ángel de las Escuelas,
y armonías terrenales
ve Galileo y contempla.

El Universo es un arpa
pulsada por un poeta,
y el poeta es Galileo...
¡Oh, qué de cosas revela!

¡Qué conciertos más sublimes
forman en la gran esfera
los astros, soles vivientes,
y los ya muertos planetas!

¡Qué himnos cantan tan hermosos
a Dios que les dió la fuerza,
para volar libremente
sin tener alas ni ruedas!

Nunca creyeran los hombres
que tuviese tal belleza
el mundo todo atraído
por una fuerza secreta.

¡Atracción universal,
voz de la Naturaleza,
tú, con orden inefable,
a tu Criador nos muestras!

Bien hayan, pues, esos genios
que descifran la grandeza
de Dios, a través del mundo
sublime de las estrellas.

Gloria eterna a Galileo,
cuya gran inteligencia
a la humanidad abrió
del universo las puertas.

No importa que le persigan
los necios por sus ideas;
por más que digan algunos
nunca tal hizo la Iglesia.

¡Gloria, pues, a Calasanz
que hermanar sabe en su escuela
las letras con la piedad,
y la piedad con las letras!

Calasanz, que es un teólogo
y un científico de veras,
quiere que aprendan sus hijos
la religión y la ciencia.

Y si en dogma es el maestro
el Angel de las Escuelas,
quiere que estudien sus hijos
de Galileo la ciencia.

Y manda al gran Michelini
de Galileo a la escuela
a aprender las matemáticas
y física que él enseña.

Y sus hijos salen tales
de Galileo en la ciencia
que al morir éste, en su cátedra
un escolapio se sienta.

JUAN TOMÁS, Sch. P.

EN LAS PROXIMIDADES DE LA FIESTA

HPROXÍMASE la fiesta de un gran santo y, por añadidura, de un santo español; es la fiesta de José de Calasanz. Y nosotros, a fuer de admiradores entusiastas de sus virtudes y de discípulos agradecidos de los Padres que pertenecen al Instituto que, inspirado por Dios, fundara, no podemos resistir al deseo de decir algo acerca del egregio Patriarca del mencionado Instituto.

Nimbada de gloria y de límpidos fulgores circuída aparecerá siempre en la historia de la humanidad la prócer figura del hijo ilustre de José de Calasanz. Nació éste con especialísimas dotes y en muy abonadas circunstancias para destacarse con sobresaliente relieve desde los pedestales, desde los más elevados puestos de la Iglesia y el Estado, que a ellos le llamaban sus esclarecidas virtudes y sus eximios talentos; pero él, que había consagrado a Dios por entero su corazón y su inteligencia, rehusó, con la misma persistencia con que se le ofrecieran, la aceptación de encumbradísimas dignidades eclesiásticas.

Difíciles eran a la sazón las circunstancias y críticos los momentos que la Iglesia y la sociedad atravesaban, merced a los horrores y estragos que el protestantismo produjera en los individuos y en las sociedades. Y Dios en su sabia providencia, para sacar a los hijos del pueblo de la abyección e ignorancia en que sumidos estaban,

suscitó al Mentor de la niñez, al pedagogo por antonomasia del pueblo, al nunca bastante bien ponderado José de Calasanz.

Desde los albores de su dilatada vida, que alcanzó 92 años, constituyó su más constante preocupación y fueron sus más vivos anhelos la enseñanza y educación gratuitas de los niños nacidos en las más bajas clases sociales, conociendo como conocía, la capitalísima importancia que encierra el instruirlos gratuitamente en la piedad y en las letras.

Verdad es que aquella preocupación y aquellos anhelos, transcurridos los infantiles años de José en que se dedicaba a enseñar a sus coetáneos la doctrina cristiana y a distribuir entre los más aplicados las cantidades que para sus caprichos de sus padres recibía, estuvieron como latentes, o al menos no se exteriorizaron ostensiblemente, hasta que por modo inequívoco le reveló el Señor los destinos magisteriales para que le tenía reservado; pero no menos verdad es que los hechos más salientes de José, por su propia iniciativa o por divina inspiración realizados, directa o indirectamente, a eso se encaminaron, a la instrucción y educación gratuitas de los niños pobres y, en último término, a la creación de las escuelas Pías para satisfacer esa necesidad de orden social y religioso.

En contacto íntimo con las clases desheredadas de la fortuna, con los seres menos atendidos, vió pronto José el embrutecimiento y crasísima ignorancia de las verdades de la fe en que aquéllos vivían. Esos seres, de costumbres depravadas, ni podían transmitir a sus hijos otras costumbres que las suyas, ni llevarlos a las escuelas por carecer de recursos para retribuir a los asalariados maestros.

Dios hizo comprender entonces a nuestro santo que si era obra altamente loable y meritísima regenerar a tales padres, todavía lo era más la de establecer la gratuita instrucción de los hijos en la piedad y en las letras, necesaria de todo punto la primera para la salvación del alma y utilísimas por múltiples conceptos, las segundas al hombre en todos estados y condiciones; porque al fin y a la postre los padres, las personas mayores, forman, por decirlo así, la generación que se va, mientras los niños constituyen la generación incipiente, la generación que ha de dirigir más tarde los destinos de los pueblos.

No encareceremos nosotros la excepcional importancia, la inmensa magnitud de la obra de Calasanz al instituir la Escuela Pía; que si la transcendentalísima finalidad que persigue no la encareciera suficientemente, vendrían a demostrarla hasta la evidencia las poderosas dificultades y los grandes obstáculos que a su realización opusieron las malas artes del demonio y los titánicos esfuerzos de menguados intereses y de viles pasiones para destruir, apenas nacida, la Institución Calasancia.

Y fueron tantos y de tal monta los obstáculos y dificultades que tuvo que vencer para la creación de su Instituto y tales y tan inverosímiles las contrariedades y hasta persecuciones de que fué objeto Calasanz, que le merecieron justamente el sobrenombre de Job de la

ley de gracia. Y bien pueden aplicarse a él las palabras que, aludiendo a San Pablo, dijo el Señor a Ananías: «Le manifestaré cuánto ha de sufrir por mi nombre». Diríase que el realizar mucho bien y el sufrir mucho por realizarlo, cosas son que casi siempre andan al unísono, perfectamente pareadas.

¡Qué hermosa Institución la fundada por José de Calasanz y qué desinteresado amor al pueblo revela en su santo fundador y en sus beneméritos hijos, los Escolapios! A este propósito un cultísimo miembro de la Institución Calasancia, el P. Eugenio Salarrullana, escribe muy acertadamente lo que a continuación verán nuestros lectores y servirá deremate a este artículo.

«¡Notable contraste! En tiempos en que el pueblo nada significaba por la exclusión de que era objeto por parte de las instituciones entonces vigentes, San José de Calasanz abrió escuelas públicas y gratuitas para los hijos del pueblo. Hoy, cuando el pueblo, en virtud del sufragio universal, está en vísperas de serlo todo, todos se disputan a los hijos del pueblo, halagándolos con instituciones protectoras del mismo. El pueblo juzgará en su buen criterio del desinterés de sus modernos favorecedores, comparándolo con quien se acordó de él, cuando él solo era el desheredado, y cuando sólo a él no llegaban los beneficios de la educación. Esta consideración le enseñará quiénes son sus verdaderos amigos» (1).

MANUEL CASANOVAS SANZ

EL APÓSTOL DE LA ENSEÑANZA

MERECE, a no dudar, este calificativo San José de Calasanz, ilustre fundador de la Escuela Pía, con la que adelantóse al siglo en que vivió, y fué el Precursor de los grandes pedagogos que en nuestra época han proclamado las excelencias de la instrucción como palanca poderosa del progreso social, sin que, no obstante sus buenos deseos y los elementos de que pueden disponer, hayan acertado a encontrar fórmulas superiores a la que aquel gran Santo, mediante la inspiración divina y a la vista del triste espectáculo que ofrece la juventud faltada de escuelas en donde instruirse, tomando por norte su amor al prójimo, su deseo de ser útil a la humanidad, partiendo siempre de la doctrina católica, fuente inagotable de toda clase de ventajas y soluciones salvadoras para las sociedades civiles, logró definir y concretar, y puso en práctica, no sin luchar con los obstáculos que ha de vencer siempre toda iniciativa, por grande y recomendable que sea; dando comienzo al funcionamiento de la meritisima Orden Escolapia, cuyos individuos

(1) Timón David. Prólogo, página XIII, por el P. Eugenio Salarrullana.

siguiendo las huellas de Calasanz, tantos servicios han prestado a la cultura y tanto han contribuido al destierro, a la aminoración del vergonzoso analfabetismo.

Sólo un gran santo que fuese a la vez, como era Calasanz, un gran sabio, podía concebir y llevar a la práctica idea tan oportuna. Bien cierto es que las Ordenes religiosas han respondido siempre, en el momento de su aparición y en su sucesivo desenvolvimiento, a una necesidad sentida por la Iglesia, de la que son todas ellas cohortes auxiliares y han venido a llenar un vacío en el orden social; y la Calasancia, lejos de ser una excepción de dicha regla, la confirma plenamente: es un ejemplar que vale por cuatro. Más aún; la misión determinante de su existencia es perenne, porque la cultura no puede dejar de ser jamás una finalidad de todos los organismos sociales, y cuanto mayor sea el progreso social, más refinada y complicada habrá de ser aquélla. Mayor necesidad habrá de instruir a las generaciones que van sucediéndose unas a otras, entrelazadas cual los eslabones de una misma cadena, para que la civilización no se atasque en su triunfal camino, y el mundo no vuelva atrás para dar un salto en las tinieblas de la barbarie.

En plena época moderna, cuando todos los pueblos sentían un noble afán de perfeccionar su cultura y de adquirirla algunos que apenas la tenían; cuando los adelantos materiales, entre ellos el descubrimiento de la imprenta, favorecían aquella tendencia; en los momentos en que ilustres pensadores pertenecientes a diversas escuelas, porta-estandartes de opuestas doctrinas, coincidían en condenar el analfabetismo y proclamaban de consuno que serían los pueblos más prósperos en el porvenir aquéllos que fuesen más cultos; y, por ende, comenzaba a rendirse vasallaje al predominio de la inteligencia sobre los diversos móviles de índole secundaria, que aparte el ideal religioso, siempre respetable y respetado, habían presidido durante la Edad Media el desarrollo de la humanidad, un sacerdote humilde, con divina intuición, con milagrosa clarividencia, prevé la urgencia de poner en práctica el desarrollo de la cultura, y mientras otros sabios teorizaban, fijóse en el triste espectáculo que ofrecían los adolescentes que por las calles y plazas perdían lastimosamente los años más propios para cultivar su inteligencia y educar su voluntad, y encaminó sus esfuerzos a fundar, como en efecto fundó, una Institución cuyo objeto fuese la enseñanza, y de un modo principalísimo la enseñanza gratuita para los pobres, y he aquí la Escuela Pía providencialmente llamada por Dios, mediante la intervención de San José de Calasanz, a cumplir tan honroso y civilizador cometido.

Pedagogos que proclamáis la enseñanza gratuita para que así llegue hasta las últimas capas sociales y mediante la cultura las coloque intelectualmente al mismo nivel de las más elevadas; sociólogos y demócratas que laboráis por el desarrollo de los intereses del proletariado, venid aquí, y dejando a un lado toda clase de prejuicios, examinad la colosal obra de San José de Calasanz, y habréis de confesar que dicho Santo se adelantó a su tiempo, proclamó antes

que nadie la enseñanza gratuita para los pobres, la puso en práctica, fundando para ello una Orden cuyos individuos son otros tantos factores poderosísimos del progreso social bien entendido; hizo posible el mejoramiento de la condición y estado de los trabajadores, ya que al instruirles les dió el medio más a propósito para ser ciudadanos útiles a su Patria, les puso en situación de lograr, mediante sus aptitudes y conocimientos, el desarrollo de su prosperidad individual. Cuando el cuarto estado no tenía importancia alguna, y vivía condenado al olvido y a la indiferencia de las clases directoras, San José de Calasanz fundó una Orden religiosa primordialmente dirigida a instruir al proletariado, a iluminar su inteligencia con los esplendores de la cultura.

Estos hechos no pueden menos que reconocerlos, pedagogos y sociólogos. Y por ello hay que reconocer también que semejantes instituciones, tan civilizadoras y progresivas, sólo nacen y se desarrollan al amparo de la Religión Católica, cuyas sublimes doctrinas son las que inducen al Escolapio a dedicar su existencia entera a la enseñanza, sin esperar ninguna recompensa temporal, ni más ni menos que las Hermanas de la Caridad. Gracias a las propias creencias se sacrifican por el prójimo, en los hospicios, en los hospitales, en todas partes en donde es indispensable el heroísmo, la abnegación y el sacrificio.

Por ello, al proclamar la grandeza de San José de Calasanz y de la Orden Escolapia, hay que proclamar también la del Catolicismo.

C. COMAS DOMÉNECH

Acaadémico Honorario.

LES DUES CREUS

Deus est caritas. — SANT PAU

JESÚS, en lo Sermó de la Montanya,
Digué a la Humanitat:
— «Qui pert de lo qu'es seu, en lo Cel guanya
Tresor de Caritat». —

Qui dona a son germà'l que necessita
Ho dona al mateix Deu,
Qui agraeix la finesa més petita
Feta per l'amor seu.

Mes, ¡ay!, los hòmens, sense amor, obliden
La lley de Jesucrist,
Y ab lleys vingudes del infern nos criden
Cap a un abisme trist.

A un abisme sens fons, ni llum, ni aromes,
 Amor ni caritat,
 Que a rodolons hi empenyen tots los homes,
 La enveja y lo pecat.

De Deu s'oblida la sublim paraula
 Y, en lloch d'amor immens,
 Falsos apòstols del sofisme y faula
 Se fan cremar encens.

Però Deu no mor may, y té en la terra
 Un Vicari Sagrat,
 Que'n lo més aspre de l'odiosa guerra
 Predica Caritat.

Lo Vicari de Crist, dalt de la penya
 Del Vaticà, ho ha dit:
 — ¡Humanitat!, escolta'l que t'ensenya
 De Deu, l'alt esperit! —

Sols una veritat hi ha molt amarga,
 La de patir, vivint;
 Si la vida per l'home es una carga
 Deu la va alleugerint.

La Caritat es bresca amorosida:
 ¡Aymèmla, tots, humans;
 La seva veu a tots los homes crida;
 Y a tots los fa germans.

Hi ha la Creu de Jesús, dolsa y lleugera,
 Que no ofega a ningú;
 Hi ha la Creu de Satàn, que desespera
 Y aplanà al qui la dú.

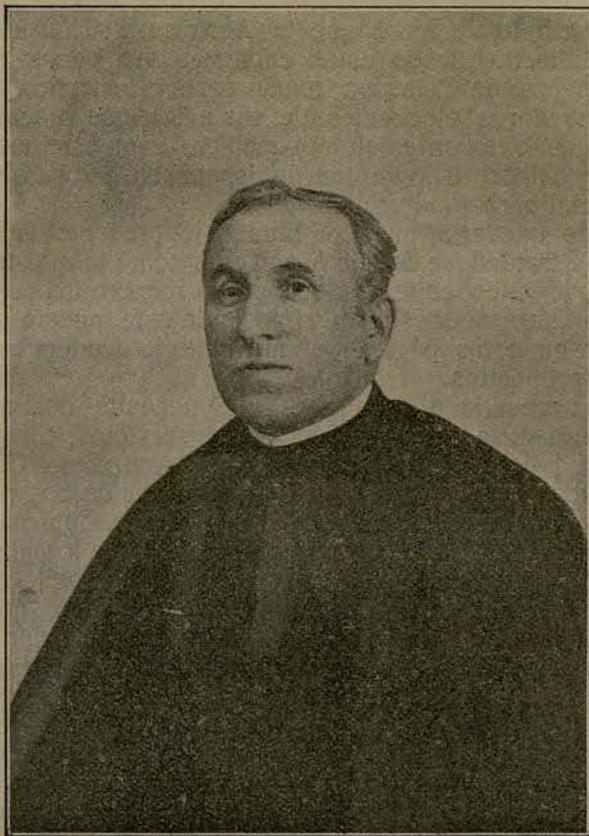
Richs y pobres, tots lluyten, tots sufrexen,
 Tots han de dur sa creu;
 Però's perden o salven, si escullexen
 La del diable, o de Deu!

ARTHUR MASRIERA



EL RDMO. P. MELCHOR RODRÍGUEZ

El Rmo. P. Melchor Rodríguez, nuevo Vicario General de las Escuelas Pías de España, nació en la población de Hoz de Arriba, provincia y diócesis de Burgos, en 6 de enero de 1853; hizo



El Rmo. P. Melchor Rodríguez, Vicario General de España

sus primeros estudios en el Colegio de Padres Escolapios de Villacarrido, ingresando en la Orden el año 1871.

Tras brillante carrera, empezó las funciones del Magisterio escolapio; ha desempeñado con gran éxito los Rectorados de Bilbao,

Getafe y San Fernando, de Madrid, desde donde pasó a ocupar el cargo de Provincial de Castilla el año 1906.

Y hoy, reunida la Congregación General de España, le ha elevado al cargo de Superior General de las Escuelas Pías de España y América.

OFRENDA

EN el tributo de amor que la ACADEMIA CALASANCIA rinde anualmente desde estas columnas, en honor de su Patrón San José de Calasanz, toman parte calasancios y pedagogos ilustres, narradores elocuentes de sus actos más salientes, y vates laureados que entonan en su loor rítmicas composiciones. Ciencia, Tradición y Amor, trilogía tan indispensable a toda obra humana, como esencial para su ulterior elogio.

Cumplido quedaría, pues, el homenaje presente, si no considerásemos que tratándose de una asociación como la nuestra, y tratándose de sus jóvenes, cabe desde luego un número más en el programa, el que aún puede ser la síntesis de éste, puesto que aspira a compendiar en estas páginas el movimiento académico, abrumado de grandes propósitos.

Siendo necesaria a toda obra que necesite del concurso de nuestra voluntad, la consagración de sus servicios, como prenda de la posibilidad de su feliz acabamiento; la ACADEMIA CALASANCIA, los académicos todos, pueden y deben en el día de hoy hacer consagración de sus entusiasmos ante San José de Calasanz, ofrecerle promesa formal de dedicarse a la consecución de los ideales nobles que alientan la vida académica, seguros que ha de bendecirlos, como nacidos de las enseñanzas recogidas del Instituto Pío que él fundó.

Si a San José de Calasanz guió la designación divina a procurar enseñanza a aquella pléyade de criaturas inocentes extraviadas en el arroyo, y su Escuela Pía no sólo no ha descuidado tal enseñanza, sino que la ha extendido a todas las clases sociales, infiltrándoles el espíritu cristiano, ¿cómo no va a ser motivo de regocijo en nuestro Santo, ver cómo esas juventudes, educadas en las aulas de su Institución, se aprestan a desarrollar en un programa vastísimo, hermoso, aquellas enseñanzas que tuvieron la dicha de recibir en su niñez?

La ACADEMIA toda se adhiere hoy al homenaje de su gloria, ofreciéndole trabajo delicadísimo de respeto, veneración y amor; con el lema que legó a su amado Instituto, *Piedad y Letras*, quiere lanzarse a luchas activas en todos los órdenes de la vida, para su adiestramiento en aquellos medios valiosos, que habrán de decidir la suerte de la sociedad futura.

Nosotros, los académicos, amantes entusiastas de los triunfos colosales de la Escuela Pía, queremos lanzarnos al campo de la

lucha noble y elevada por aspiraciones y hechos, guardando como norma segura y fiel de ello el carácter de calasancios que ostentamos, y que deseamos más y más acrecentar hasta que cubra nuestra acción ulterior.

Con esto, pues, como norma, nos introduciremos en el campo de la acción católica, y formaremos en la vanguardia de esa cruzada que se emprende hoy por corazones valerosos para afirmar la fe en nuestra patria; para hacer respetar los derechos sacrosantos de la Iglesia; para que con razón sigan ostentando nuestros monarcas el título de católicos; para presentar, en fin, combate noble y decidido a los enemigos de la Religión Católica, y de toda aspiración ultraterrena.

En el orden social nos dedicaremos al estudio exacto de esta cuestión, ordenando cuidadosamente la tendencia de la sociología cristiana, para esparcirla, luego, por lugares convenientes; dando la cara a ese socialismo exajerado y demagogo, que hipoteca, que tuerce la fuerza gigantesca del trabajo, perdiéndose en utópicas concepciones del bienestar humano. Aspiramos los jóvenes académicos a templar nuestro espíritu social al calor de esa grande y vasta asociación, que por medio de una acción serena, firme y positiva, va dando frutos consoladores de la bondad de su acción y procedimiento. ¡Sea la norma de los académicos en este orden la de la inclita Acción Social Popular; Instaurare...!

En el orden general, que podríamos denominar político, aspira la ACADEMIA CALASANCIA a forjar ciudadanos dignos y útiles, investidos de una acción cívico-educadora, predisponiéndoles a la especialización en todos los ramos del saber, acogiendo y ordenando en su seno todas las carreras y profesiones liberales; formándoles al mismo tiempo del contacto de unos con otros, en una cultura general; infiltrándoles en fin la aspiración a una patria grande y próspera, por el concurso desinteresado de sus hijos.

¡Piedad y Letras! Compendio de la vida académica y su razón de ser ¡Fe y Patria! Fe que implica la paz social; Patria que genera esfuerzos y engrandecimiento.

A conseguir estos fines la ACADEMIA no reparará en sacrificios, ni se allanará a obstáculos. El uso de la palabra y de la pluma nos será constante, con aquella impetuosidad que dan nuestros años. El cambio de impresiones y propósitos será frecuente en nuestro local social, dispuesto cómoda y debidamente. Haremos de nuestra ACADEMIA, en resumen, un centro de intelectualidad juvenil, de donde partan iniciativas y se engendren entusiasmos.

¿Y consejo? ¿Y dirección? ¡Ah! Consejo, el reflexivo el maduro de nuestros maestros, de los PP. de la Escuela Pía, instruyéndonos constantemente en la pureza de doctrinas y en los fundamentos de una propaganda eficaz. Dirección inteligente, cultísima a nuestro lado siempre, orientándonos, encauzándonos, aguijoneándonos, para el ejercicio de esas facultades peculiares, hermosísimas, depositadas por el Creador en los jóvenes: ¡Acción, acción y acción!

Pues bien, todo esto que pensamos, que alentamos, que sentimos, a que aspiramos, lo ofrendamos hoy en su día a San José de Calasanz. ¡Seguramente tu gozo, Santo insigne, debe ser inmenso con este motivo!

¡Tú, a quien el Altísimo te confió la fundación de la Escuela Pía, que con el aroma de tu virtud había de poner remedio inmediato a la indigencia intelectual y moral de la clase popular!; ¡Tú, fundador de esta Escuela Pía que había de atender, en el decurso de los siglos, a la exigencia y clamoreo de la instrucción y perfeccionamiento humanos; que había de dar al mundo y a las naciones sabios privilegiados y talentos salvadores, disponiendo a niños y jóvenes por esos mismos derroteros!; ¡Tú, digo, el motivo, la causa eficiente de todo esto, debes hoy experimentar gozo inmediato al de la visión beatífica, al recibir la ofrenda de propósitos y hechos de la ACADEMIA CALASANCIA, predilecta hija de tu inmortal Institución!

¡Si es así, si la santidad y nobleza de nuestros alientos las confirma la sonrisa de tu satisfacción, nosotros los Académicos te pedimos que bendigas nuestra obra y nuestros proyectos, de los que se deducirán provechos espirituales para nuestras almas, nacidas y creadas para Dios; beneficios para la patria, para la sociedad, para nuestros prójimos, que es la aspiración terrena y el puente de nuestro espíritu!

JOSÉ CUENCA PÉREZ

Secretario de la Academia

EL JOB DE LA LEY DE GRACIA

DE la tierra me formaste,
y a la vil tierra me vuelvo,
desnudo como nací;
nada tuve y nada tengo.

Señor, pusiste en mi frente
tus divinos pensamientos,
y abrasaste mis entrañas
con el fuego de los cielos;

y esto sí que no abandono,
y me entristecé perderlo,
pues con esa viva llama
que en mí encendiste, te quiero.

Yo soy sombra, y me esclareces;
tú eres imán, y yo hierro,
y en pos Ti siempre voy,
aunque nunca o tarde llego.

Tu voz sonó en mis oídos
cual gemido lastimero,
que de piedad me llenaba,
calcinándome los huesos.

Y corrí tras de tu voz
por el monte y el otero,
y por mares encrespados,
dejando mi patria lejos.

Tú eras barco, y yo era estela;
Tú eras la voz, y yo el eco;
Tú eras cuerpo, y yo la sombra;
Tú eras llama, y yo era incendio,

Y en todas partes sonaba
el arrullo de mi pecho,
loco de amor por amarte,
y por bien servirme, ciego,

Los niños pedían pan,
pan del alma y pan del cuerpo,
y eran sordos los oídos
de todo el mundo a sus ruegos.

Y Tú pusiste en mis manos
el pobrecito y el huérfano,
y cuando los ví con hambre
henchí el mundo de lamentos.

Y el mundo no me atendía
sin estar sordo ni ciego,
pues Tú al mundo no llamabas,
sino a mí, tu inútil siervo.

Fueron todas mis delicias
vivir con los pequeñuelos,
poner piedad en sus labios,
temor de Dios en su pecho;

y levantarles los ojos
a la inmensidad del Cielo,
para que allí columbraran
la grandeza de tu imperio,

vi hacerse el hogar cristiano,
y piadosos los blasfemos,
y el anciano impenitente
morir, dando noble ejemplo.

Que son pájaros los niños
inocentes y parleros,
y al hablar en sus hogares,
cantaban el Evangelio.

Tú bendijiste mis campos,
que henchidos aparecieron
de más doradas espigas
que arenas el mar soberbio;

y yo tanta mies mirando,
convoqué operarios diestros,
que segando hora tras hora,
te llenaron los graneros.

Y este afán grande es mi vida,
y en él mi ventura tengo,
pues se va perpetuando
para tiempos venideros.

Despegarse mis entrañas
a todas las horas siento,
pues cercado de enemigos
a todas horas me veo;

y este predio, que no es mío,
pues Tú, Señor, estás dentro,
está amagado de muerte
por enemigos arteros.

Y a medida es del peligro
el amor con que lo quiero,
y cuanto crece el amago,
más mi amor está creciendo.

Por él caí bien tullido,
luchando con el infierno;
por él crucé toda Roma
entre cuadrilleros preso;

por él calumnias y afrentas,
injurias y desafueros
e ingratitudes que matan,
estoy, Dios mío, sufriendo.

Soy hidrópico insaciable
de mis mismos sufrimientos,
pues la sangre de mis venas
que aun no he dado, darla quiero.

Pero Tú, Señor, me mandas
deje secarse este Predio,
y me pones en las manos
escrito tu Mandamiento.

*Tú me lo diste, Señor,
y hoy lo quitas a tu siervo;
bendito sea tu nombre
en los siglos y en lo eterno.*

*De la tierra me formaste
y a la vil tierra me vuelvo,
desnudo como nací;
nada tuve y nada tengo.*

*¡Bendito seas, mi Dios!
— Hijos, obrar le dejemos,
y que en la tierra se cumplan
sus designios y misterios. —*

Así dijo Calasanz
el luengo *Breve* leyendo,
que disolvía la Orden
amparadora del huérfano.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA, Sch. P.



¿QUÉ CARÁCTER HA DE TENER LA EDUCACIÓN?

Es evidente que el hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Por esto esos hombres materialistas y groseros, cuya vida es el placer, cuya ilusión es la crápula, cuyo dios es el dinero, constituyen una gran desgracia para la sociedad de que forman parte; son un gran estorbo para el desenvolvimiento integral de los pueblos, son una rémora para el avance de la humanidad en el camino pesado de sus gloriosos destinos.

Porque la sociedad es un ser visible y viviente, y como tal, se compone de alma y cuerpo, y sabido es que la perfección de un ser no estriba únicamente en el desarrollo corporal, sino en el armónico e integral desenvolvimiento de todas sus facultades, así fisiológicas como anímicas.

Y si los medios para desarrollar la vida del cuerpo son la alimentación, el ejercicio y la higiene, los medios para desarrollar las facultades del alma son la instrucción y sobre todo la educación. Y de estos dos órdenes de facultades, es evidente que las de orden moral son muy superiores a las de orden físico, cuanto excede el espíritu a la materia. De aquí la mayor atención que aquéllas requieren, porque de la buena o mala dirección en el desenvolvimiento de las facultades del alma depende, en primer lugar, la mayor o menor perfección de la vida del ser, y mejor diría aún, depende su perfección o su ruina.

En esto está conforme todo el mundo. Cuando aparece la disconformidad es al tratar de la clase de educación que hay que dar al alma para conseguir su perfección.

¿Ha de ser la educación religiosa o atea? ¿Ha de ser profundamente cristiana o francamente neutral?

Tales son los términos en que, sobre todo hoy, aparece planteado el problema de la enseñanza. Y nosotros, como es natural, afirmamos rotunda y categóricamente que la enseñanza ha de ser, por necesidad absoluta, profundamente cristiana y francamente religiosa.

Y en efecto, ¿qué es un pueblo sino la reunión de hombres y mujeres, de jóvenes y ancianos que desarrollan una vida, basada en parte en la tradición, en parte en el medio ambiente y en parte principalísima en la especial educación que han recibido?

¿Cuáles son las ideas que informan el modo de ser de una sociedad sino las que se bebieron en los primeros años de la vida, cuando, virgen aún el corazón, virgen la mente, las impresiones, buenas o

malas, se graban profundamente y de una manera casi indeleble; ideas que al través de los vaivenes de la vida adquieren un relieve extraordinario, que aun en las épocas de disolución y de estrabismo religioso, en que parece que el hombre, renegando de su vida anterior, se lanza ciego de orgullo y ávido de placeres al Océano de la política y a la corriente de las pasiones, se agarran como hiedra bendita a los senos más recónditos de nuestra mente, a las fibras más íntimas y delicadas de nuestro corazón?

¿Cuáles son los principios, cuáles las costumbres, que vienen a ser el alma de las naciones y el nervio de la vida próspera y tranquila de los pueblos, sino los principios y las costumbres que con paciencia y constancia se grabaron en nuestra inteligencia y en nuestro corazón, cuando libres aún de la concupiscencia de las pasiones, aquellas dos potencias se abrían ingenuamente a las primeras acciones de la verdad, a los primeros impulsos de la virtud?

Que no son las causas étnicas las que pueden explicar el modo de ser de una nación o de una raza, sino la educación. La educación es la palanca poderosa que puede levantar de las abyecciones del salvajismo a las alturas de una espléndida civilización a toda una raza, a toda una nación, como puede hundirlas desde las áureas cumbres de la civilización a los lastimosos abismos de la barbarie.

Las condiciones étnicas y climatológicas no han variado sensiblemente ni en Francia ni en España, por ejemplo, y desgraciadamente la España actual dista mucho de ser la España de los Reyes Católicos, y la Francia de nuestros días no tiene semejanza alguna con la Francia de San Luis.

La España de los Reyes Católicos como la Francia de San Luis eran el fruto bendito de una instrucción profundamente cristiana, de una educación francamente religiosa: La España actual, como la Francia de nuestros días, engendro maldito son, de una instrucción hipócritamente neutral, de una educación abiertamente impía.

Y sobre este punto tan trascendental para el porvenir de nuestras sociedades, no debemos llamarnos a engaño, porque serían incalculables los males que podría producir nuestra equivocación. Desengañémonos: la instrucción cristiana, la educación religiosa es la palanca que presenta el ramo de olivo, que hace prosperar los pueblos; la instrucción laica, la educación atea, es la furia demagógica que hace brillar el puñal a la sombría luz de la tea incendiaria, es el espectro de la anarquía que arroja con invisible mano las bombas mortíferas de Madrid, de París, de Barcelona; es la hiena de la revolución que abre con satisfacción salvaje las tumbas de los conventos, que profana con inmundas manos los cadáveres de puras e inocentes vírgenes.

Así no es extraño, que aun los mismos impíos, aun los mismos

propagadores de las escuelas laicas, aun los más entusiastas defensores de la educación sin Dios, en los momentos de ingenuidad y lucidez de conciencia hayan proclamado la necesidad de la educación religiosa y manifestado los peligros que para la sociedad entraña la llamada instrucción neutral.

Oigamos cómo se expresa Deherme, librepensador feroz y redactor del periódico impío *La Coopération des idées*: «Las estadísticas son clericales de un modo contundente. No ocultan las consecuencias del derecho a no tener ninguna religión. Ellas marcan todos los síntomas de descomposición social, y con cuánta rapidez se multiplican y se agravan; pornografía, alcoholismo, despoblación, divorcios, locuras, suicidios, prostitución, criminalidad, sobre todo en los jóvenes. Y es que cuando los hombres no escuchan la moral, la desgracia los castiga.»

Y el tristemente célebre cleróforo Julio Simón añade: «El ateísmo es no solamente la tumba de la moral y del derecho, sino el camino que conduce a todas las ruinas. El minimum de religión engendra el maximum de los delitos.»

¿Os parecen de peso estos testimonios de ninguna manera sospechosos?

Pues oid ahora a Diderot, el oráculo del liberalismo: «El primer conocimiento esencial a la juventud debe ser la religión, base única de la moral. La religión, pues, debe ser la primera lección, la lección de todos los días. Mucho he buscado para encontrar libros donde enseñar a mi hija querida, y no encontré ninguno mejor que el Catecismo de la diócesis. ¿Qué fundamento más sólido puedo dar a la instrucción de mi hija?»

A lo cual agrega Víctor Cousin, el racionalista impenitente: «El cristianismo debe ser la base de la instrucción del pueblo. La instrucción popular debe ser religiosa, es decir, cristiana. Que nuestras escuelas sean cristianas, pero que lo sean seriamente y con sinceridad. La religión es la mejor base, y tal vez la única de la instrucción popular. Conozco un poco la Europa, y en ninguna parte he visto buenas escuelas del pueblo sin la caridad cristiana.»

Y por fin, oigamos las siguientes palabras de Grobel, inspector de Instrucción pública de Francia, porque ellas revelan de una manera franca y brutal el fin y el objeto de las escuelas laicas.

«La escuela laica, dice Mr. Grobel, es una máquina de guerra contra el catolicismo. La escuela laica tiene por objeto formar librepensadores. Defraudaría las esperanzas que en ella fundamos, si se mantuviese dentro de una respetuosa neutralidad. La escuela laica es un molde donde se mete un hijo de un cristiano y se saca un renegado.»

Por esto, porque la instrucción es una arma tan poderosa, porque la educación es una energía de fuerza incalculable para modelar individuos, para cincelar familias, para esculturar naciones, para transformar el modo de ser un pueblo, conforme al ideal que cada uno persigue, es porque la educación y la instrucción de la niñez se ha presentado siempre, y hoy más que nunca, como un problema tan debatido, tan grave, tan trascendental, como el problema capital de la época moderna; por esto la enseñanza infantil ha sido siempre, y hoy más que nunca, el blanco a que han dirigido sus tiros el bien y el mal, el vicio y la virtud; el campo de lucha entre la religión y la impiedad; la arena de combate a donde han descendido los dos ejércitos contendientes, que siguen respectivamente la bandera de Belial y la bandera de Cristo, porque cada uno de ellos quiere modelar la sociedad según su ideal propio y saben muy bien que para apoderarse de la sociedad son inútiles todos los trabajos, si primero no se ha vencido su primer reducto que se llama *infancia de la vida*.

Y así los que en algo apreciamos el bienestar de la sociedad, la perfección de la sociedad; los que deseamos para la sociedad una vida rica, tranquila, próspera y fecunda, debemos ponernos incondicionalmente del lado de la Iglesia, sobre todo en este punto capital de la educación de la niñez; debemos favorecer, en la medida de nuestras fuerzas, la vida, el desarrollo, y en especial la acción educadora de los colegios católicos, donde con abnegación, constancia y espíritu evangélico se fabrica la sociedad del porvenir, se modelan las generaciones de mañana y se transforma la vida de los pueblos, según el ideal de la paz, de la moralidad, de la concordia y del trabajo, que es el ideal de todos los hombres libres, que es el ideal del catolicismo, que es el ideal de Dios.

RAFAEL OLIVER, Sch. P.

Director de la Academia

FRAGMENTOS

SAN JOSÉ DE CALASANZ COMO PEDAGOGO

ENSEÑAR, ha dicho Santo Tomás de Aquino, es producir la ciencia en otro por medio de su razón natural. A la enseñanza cooperan los dos, el maestro y el discípulo; el discípulo con su atención, con las fuerzas de su razón, y el profesor ayuda al discípulo con sus explicaciones.

La misión del profesor está condensada en estas dos palabras: *exponer e imponer*.

Exponiendo la verdad de un modo sencillo que esté al alcance de sus alumnos, es como el profesor cumple con su obligación, imitando al Maestro de los maestros, al Pedagogo universal, Nuestro Señor Jesucristo, que con parábolas y símiles expone verdades profundas, pero que las entienden todos, lo mismo los doctos que los ignorantes; *imponiendo* la autoridad de la verdad, que es intransigente e irreconciliable con el error, como lo es la luz con las tinieblas.

La armonía entre el maestro y el discípulo se resuelve como resolvió el problema de la oratoria el gran orador griego. ¿Cuál es — decía — la primera condición para ser buen orador? La recitación. ¿Cuál es la segunda? La recitación. ¿Y la tercera? La recitación. Así también podemos decir de la enseñanza: ¿cuál es la primera condición para que atiendan los niños? Ganarse el afecto, o como dicen los *modernos pedagogos*, despertar el *interés* de los jóvenes. ¿Cuál es la segunda?, ¿y la tercera condición? Ganarse el afecto o la voluntad de los niños.

Este era el pensamiento de San José de Calasanz, o sea comunicar la ciencia con el afecto de la caridad cristiana.

«Anhela, decía San José de Calasanz, hacerte agradable a Dios enseñando a los niños con aquel afecto con que enseñarías si vieses a Dios presente, e inspeccionando lo que haces, así cuando enseñas como cuando preparas lo que has de enseñar».

El que gana el afecto de los niños, es como el labrador que prepara la tierra para depositar en ella la semilla.

Los verdaderamente sabios aspiran a saber *no muchas cosas*, sino *mucho, non multa sed multum*: es decir, no a adquirir muchas ideas particulares, sino ideas universales, fecundas: ideas madres que contienen en sí otras muchas, como lo universal contiene lo particular. Por eso los genios sintetizan en pocas ideas lo que las medianías contienen en muchas.

El genio es como el águila, que se remonta a una gran altura, y desde allí descubre con una sola ojeada grandes horizontes y los objetos contenidos en las regiones a que alcanza su vista. En cambio, las medianías se asemejan a las abejas o mariposas que van de hierba en hierba o de flor en flor, y así, a fuerza de muchos vuelos, consiguen recorrer una mínima parte del horizonte, que el águila descubre con una pequeñísima ascensión.

Pues bien; el santo de Peralta de la Sal, verdadero sabio, competentísimo en las ciencias y sobre todo en la ciencia de Dios, aspira a escoger de esos grandes conocimientos del joven. Él aspira a comunicar a sus discípulos *non multa*, no cosas inútiles, confusas, sino ideas claras, fecundas y prácticas; esas ideas madres, que se van desarrollando en su corazón como la semilla en la tierra y se convierte con el tiempo en grandes y corpulentos árboles.

Lo que acabo de decir no es invención mía, es la realidad; lo confirman sus biógrafos.

Oigamos al tantas veces citado, cómo refiere y comenta un hecho que comprueba lo que venimos diciendo:

«Se hallaba en Roma Mgr. Guidricioni, Obispo de Lucca: paseábase un día por el jardín, cuando oyó la voz de un niño que decía: Padre, repita lo que yo digo: Señor mío Jesucristo, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido. Acudió el Obispo con diligencia al lugar del suceso, y vió al pobre hortelano que, queriendo coger algunas frutas para ofrecérselas, había caído del árbol y estaba colgado de una rama a gran altura. Si se tronchaba la rama, podría romperse la cabeza en el suelo. Pronto acudieron los sirvientes y bajaron al pobre hortelano. Pasado el peligro, admirado el Obispo de la sangre fría de aquel niño de ocho años, que tales sentimientos de contrición inspirara a su padre, le preguntó quién le había enseñado aquellas cosas: Las aprendo en las Escuelas Pías, respondió el niño, porque nos enseña el P. José que en peligro de muerte debemos hacer el acto de Contrición, y procurar que lo hagan los demás. No podemos dejar de observar CUÁN PRÁCTICA era la enseñanza de José, inspirando fórmulas de actos tan abreviados. Un francés de la misma edad hubiera repetido a su padre uno de estos actos de contrición en siete u ocho líneas como los que tenemos en los catecismos, y el desgraciado hubiera tenido tiempo bastante para morir antes de concluir la mitad. El Obispo de Lucca quedó tan sorprendido como edificado, y quiso ver por sí mismo aquella nueva Escuela de la que nunca había oído hablar, volviendo después a ella muchas veces; ¡tanta fué la admiración que le causó!»

La máxima filosófica «en todas las cosas mira al fin»; *In omnibus respice finem*, es aplicable a todos los órdenes de cosas, y de grandísima influencia en la realización de los actos; porque el deseo de la consecución del fin produce en la persona cierto impulso y esperanza para poner en práctica los medios.

El general que va a dirigir una batalla, al combinar las diversas operaciones de las tropas, mira al fin, que es la victoria, la libertad de la patria.

El labrador, al depositar la semilla en la tierra, mira al fin, que es la cosecha. El joven que empieza la carrera de sus estudios mira al fin, que es la conclusión de su carrera, o sea su porvenir.

Y ese fin, a donde dirige sus miradas el general, el agricultor y el joven estudiante, es lo que pone en movimiento todas las potencias, y es el pensamiento que les preocupa en todas sus operaciones.

El fin que preocupa a San José de Calasanz es disipar la ignorancia, hacer que «la verdadera civilización progresara», y sobre todo que «brillase el sol de la fe sobre todos los pueblos». Este pensamiento es el que persigue en todos sus actos y lo tiene tan presente al organizar sus escuelas, que quiere que en todas ellas se les recuerde a los discípulos su *último destino, su último fin, Dios*.

In omnibus, en todas las clases quiere que se hable a los discípulos de las verdades eternas; lo mismo en Humanidades, que en Matemáticas, en Gramática que en Caligrafía.

«Hay que poner — decía — al joven en el camino que le lleve al fin para que fué criado».

«Debemos explotar toda nuestra activad en beneficio de la moralidad de la juventud».

Si es el maestro de Caligrafía, quiere que escriba máximas que recuerden al alumno su fin último. Si es de Humanidades y Gramá-



M. R. P. Salvador Marcó, Asistente interprovincial para la Provincia de Cataluña.

tica, quiere que aproveche las máximas morales contenidas en los libros de texto.

Si es profesor de Aritmética quiere que, «a más de enseñar a leer y escribir con soltura, enseñe ante todo el santo temor de Dios; porque los jóvenes que salen de esta escuela entran nuevos en la sociedad para aprender un arte u oficio; y si temen de veras a Dios se guardarán de los fines del mundo» (Educ. — 139). Y como Felipe II, desde que proyectó construir *una casa para Dios y una choza para sí*, vivió preocupado por esa idea hasta que la vió realizada, así San José de Calasanz, al fundar su Instituto, le preocupa la idea de que «todos los profesores de aquél asesten todos los dardos de sus aspiraciones a la eternidad, donde la criatura que ha amado a Dios, por despreciable que haya parecido a los ojos del mundo, brillará eternamente con inmensa grandeza, porque amó al que sólo es verdaderamente grande, es decir, a Dios.»

* * *

LA ENSEÑANZA SEGÚN EL ESPÍRITU DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

Todos los historiadores, al exponer las causas del Protestantismo, consignan, entre otras, la ignorancia de las verdades religiosas. Esta ignorancia reconocía como causa a su vez la falta de hombres que se dedicaran gratuitamente a la enseñanza del pueblo, que carecía de recursos para instruirse.

Lutero, instrumento de Satanás, explotó la ignorancia y logró separar de la obediencia del Romano Pontífice la mitad de la cristiandad.

San José de Calasanz, «pensador como el primer filósofo y experimentado observador del bajo pueblo de España y mucho más en Roma, comprende que el pueblo es más corrompido de costumbres que de principios, que lo es porque pasa todo el día trabajando por su alimento, que atareado en su trabajo deja entregados a sí mismos, que equivale decir a la seducción del vicio, sus propios hijos, de donde no puede menos de surgir una generación corrompida y enojosa».

«El polvo esconde piedras de gran valor, esto es, ingenios de gran potencia que, pulidos y abillantados con la educación cristiana, darán gloria al Criador y honra y provecho a la patria».

Para regenerar la sociedad es preciso, pues, congregar a los hijos del pueblo, disipar la ignorancia y darles la instrucción literaria y religiosa.

Para reformar al pueblo, decía el Santo, «no hay más que llamar los hijos a la escuela y proveerles de maestros que gratuitamente les enseñen las letras y la Religión, y levantar su ánimo abatido a esperanzas de mejor fortuna». Se resuelve, pues, a llamar a los hijos del pueblo el hijo de Peralta de la Sal.

La voz del Redentor de los hombres se deja oír en los valles del Jordán, y al eco divino de esa voz, desde los distintos puntos de la Palestina, se congregan los hijos de Israel para oír la Buena Nueva.

En los barrios más pobres de la capital del mundo católico se deja también oír la voz del Redentor de la juventud, de aquél a quien había dicho Dios Nuestro Señor: *Tibi derelictus est pauper, orphano tu eris adjutor*; y esta voz dulce, cariñosa y afectuosa, congrega en las aulas calasancias a centenares de niños, no sólo de la clase pobre, sino también de la acomodada y rica.

Ante esta multitud no había que perder tiempo, y José «se lanza en su carrera con los bríos de un gigante, resuelto a seguir como los magos su estrella y seguro de arribar con gloria al puesto. Su inteligencia, tan levantada como la llama de su caridad, abarca de una mirada el campo sin límites que ha de regar a la vez con las saludables aguas de su doctrina. Nada espera de sí mismo, todo lo espera de Dios, que sólo hace cosas grandes con instrumentos pequeños, y alzar del polvo al pobre, para colocarle entre los príncipes de su pueblo».

La alegría que experimenta San José de Calasanz ante esa multitud de jóvenes es superior a la que experimenta Alejandro Magno cuando, con un ejército aguerrido, se dispone o marcha a conquistar el imperio de Darío, porque la alegría del hijo de Filipo II la produce la gloria mundana, y la que experimenta Calasanz reconoce como causa el arrebatarse al demonio y llevarlas a Dios.

CLAUDIO SEDANO, Sch P.

PERALTA DE LA SAL

PERALTA, ya percibo la edémica fragancia
que exhala con sus flores tu espléndido vergel;
yo vengo de mis tierras limítrofes de Francia
a celebrar las glorias
del Santo que hoy aclama la Diócesis de Urgel.

Tímida abandonando los montes de su tierra,
sus puertos y neveras y cuanto grato le es,
el ave de los bosques voló de sierra en sierra,
y el ave de los bosques,
Peralta, deslumbrada se encuentra ya a tus pies.

¡Oh flores deliciosas de este vergel lozano!
parad vuestros efluvios de incomparable olor;
no son así las flores de este país lejano,
mirad que desfallece
el ave de los bosques, el tímido cantor.

¡Oh hermosos olivares, oh gérmenes fecundos!
vuestra bendita tierra yo besé con placer,
el Dios que desde el cielo su ritmo da a los mundos,
un día hizo en vosotros
a San José glorioso de Calasanz nacer.

Aquí se deslizaron los años de su infancia,
como entre flores bellas el líquido cristal;
no hay astro más radiante, ni flor de más fragancia,
ni en tierra aragonesa
villa como Peralta, ni sal como su sal.

Valiente, en estos campos, a lides nunca vistas
retó al feroz demonio que avergonzado fué,
presagio ya brillante de glorias y conquistas,
con que a través del tiempo
al mundo asombrarían las huestes de José.

En Alcalá de Henares, en Lérida y Valencia
dejó brillante estela de angelical virtud;
allí también brillaron los rayos de su ciencia...
después su Escuela Pía
de crímenes y vicios salvó a la juventud.

el M. R. P. *José C. Rabaza*, y para el cargo de Procurador General ha sido reelegido el M. R. P. *Antonio Santonja*.

En cuanto tengamos noticia de la elección de Provinciales españoles y de Superiores locales de la Provincia de Cataluña, tendremos sumo placer en comunicarla a nuestros lectores.

LA REDACCIÓN

UN AUTÓGRAFO IMPORTANTE

Hé aquí el siguiente notabilísimo autógrafo que la ACADEMIA CALASANCIA debe al singular cariño y predilección con que la distingue y honra nuestro Rmo. P. Preósito General, y con el cual nos complacemos en cerrar, como con un broche de oro, el presente número extraordinario, dedicado a nuestro amadísimo Patriarca, San José de Calasanz.

El Apéndice que en ocasión estrena a la juventud, no produce generalmente en el ánimo de sus educandos, más que lo que produce en el papel una pluma mojada en agua

Roma 22 de Agosto 1912.

Tomás Vives y Solís
Superior

A. M. P. I. P. Q. E.